Akal

Historia del Mundo Antiguo

52

ROMA

El Imperio Romano bajo la anarquía militar





Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Jiménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



ROMA



Director de la obra

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

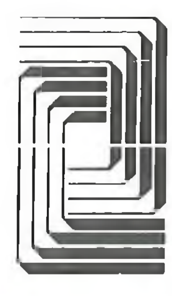
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels. 656 56 11 - 656 49 11
Fax: 656 49 95
Depósito Legal: M. 28008-1990
ISBN: 84-7600 274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600 653-5 (Tomq LII)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

EL IMPERIO ROMANO BAJO LA ANARQUIA MILITAR.

José Fernández Ubiña



A mis padres, que en otros tiempos de miseria nos enseñaron a leer.

Indice

Págs.

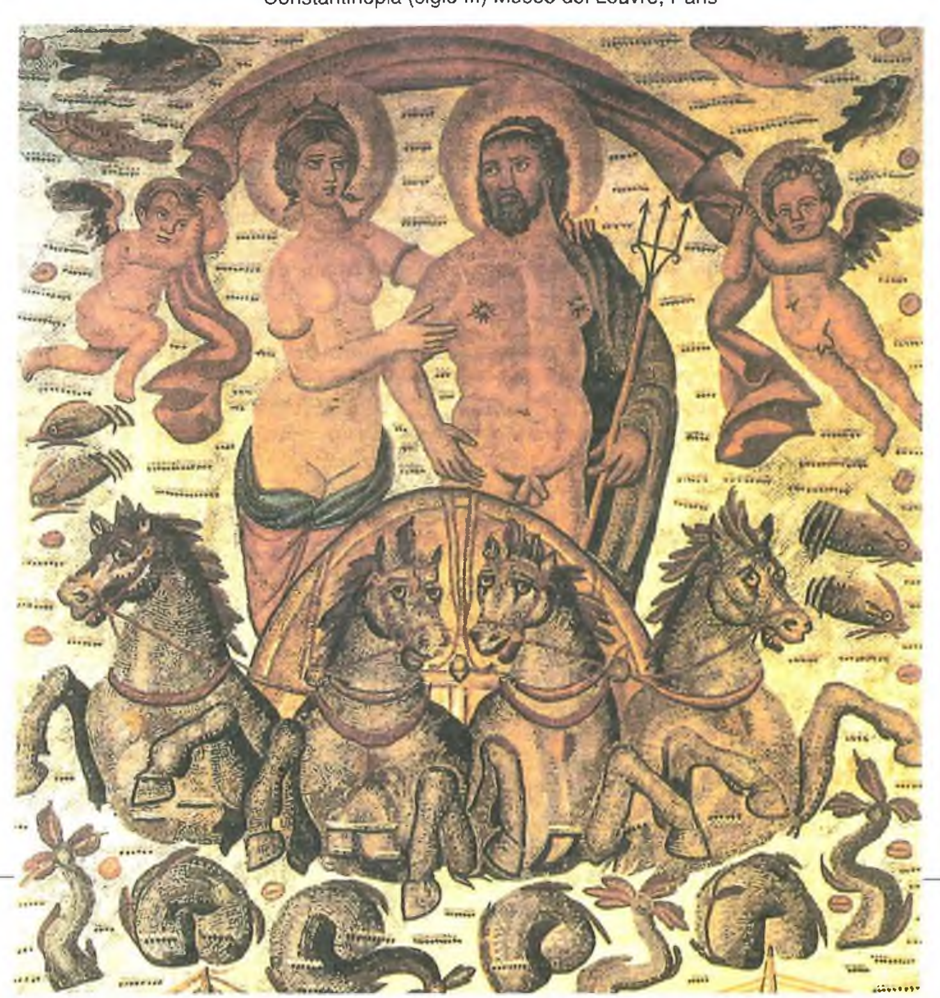
Introducción

El periodo denominado "Anarquía Militar" (235-284) es tal vez el más trágico y caótico de la historia de Roma: la ruina económica, las guerras civiles y las invasiones bárbaras situaron entonces al Imperio en condiciones tan difíciles que se llegó a temer, y hasta desear, su propio fenecimiento. Fueron, ciertamente, años de profunda postración material, sentida y descrita con pesimismo por los coetáneos, y que vendrá a constituirse de inmediato en el paradigma histórico de toda época de "decadencia". Si en la centuria siguiente Roma es todavía el indiscutible amo del mundo, ello sólo fue posible al precio de una profunda transformación de sus estructuras socioeconómicas, de los aparatos de Estado y hasta de las mentalidades; transformación que de ningún modo puede asimilarse a una evolución histórica armoniosa y orgánica, sino que expresa su naturaleza revolucionaria en la brusquedad y magnitud de los cambios sufridos, que incluyeron, como se sabe, la separación *de facto* e irreversible de las dos *partes imperii*, cunas respectivas del Estado Bizantino en Oriente y de los Reinos Germánicos en Occidente. En esta perspectiva, la Anarquía Militar representa el punto de inflexión de la cultura grecorromana y, en consecuencia, el primer gran naufragio de nuestra civilización, es decir, de los valores éticos, de los ideales políticos, de los gustos estéticos y de tantas otras expresiones intelectuales que todavía hoy reconocemos como propias en el pasado clásico. Los historiadores se preguntaron muy pronto sobre las razones de aquel ocaso e incluso debatieron sobre su realidad, planteándose tempranamente si acaso no sería preferible hablar de renovación y no de ruptura, de metamorfosis y no de pérdidas definitivas. En el fondo, lo que estaba y está en debate es el problema, tan exquisitamente histórico, de la continuidad social y de la perdurabilidad de las creaciones humanas, cuestión que para el hombre de hoy tiene como principal temática la posibilidad de que nuestra civilización actual, heredera de la clásica y envuelta en no menos convulsiones que ella, esté también en peligro de extinción.

Un fenómeno histórico y teórico de tal envergadura tiene lógicamente una rica maduración y variedad de matices, que en su totalidad no han podido ser tratados con minuciosidad en estas breves páginas. Pero el lector interesado podrá consultar con provecho las fuentes y la bibliografía indicadas, sin olvidar que aspectos concretos (y fundamentales) referidos a la economía, las finanzas o la religiosidad han merecido un estudio aparte en otros cuadernos de esta misma colección, y en con-

secuencia nosotros les hemos prestado aquí relativamente poca atención. Mi objetivo principal ha sido ordenar históricamente y dar una trabazón lógica al marasmo de acontecimientos que, de manera aparentemente irracional, se suceden en estas fechas. Con esta pretensión, he considerado ineludible tener siempre como referencia las condiciones sociales y productivas, inmersas ellas también en un acelerado proceso de transformación, en que se desenvolvieron los protagonistas más auténticos de la historia real: las masas campesinas y ciudadanas que sufrieron cotidiana y severamente la explotación en el trabajo y todas las calamidades de una época que, al parecer, no fue buena sino para una muy exigua minoría social. Los intereses encontrados o concordantes de unos y otros, sus luchas y sus concesiones, marcaron el ritmo trepidante de aquel periodo de "crisis y decadencia", cuya vorágine coincide con el reinado de Galieno. De ahí que a éste le prestemos atención particular, en la idea de que los reinados anteriores contemplan la gestación de los problemas, y los posteriores el inicio de su solución y de la consiguiente restauración política y social. No obstante, confío en que las informaciones dadas en todos los capítulos permitan a cada lector formarse un juicio propio, seriamente documentado, sin perder por ello la certeza de que en la investigación histórica nunca se recorren caminos totalmente desbrozados.

Triunfo de Neptuno y Anfitrite,
Constantinopla (siglo III) Museo del Louvre, París



I. Las fuentes literarias

La documentación literaria sobre la Anarquía Militar es sumamente escasa y mediocre. Fueron muchas las obras que naufragaron a lo largo de los siglos y de las que apenas conocemos hoy referencias indirectas o breves fragmentos, y otras que nos han llegado más o menos íntegras carecen del suficiente rigor o fiabilidad histórica. En estas deficiencias reside la principal dificultad para el estudio de ese periodo.

Como es sabido, el historiador griego Dión Casio finaliza su *Historia Romana* en el año 229, por lo que sólo puede servirnos para conocer la situación general del Imperio a comienzos del siglo III y algunos antecedentes de conflictos que madurarán a lo largo de esa centuria. En cambio la *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio*, escrita por Herodiano y que llega hasta el 238, es sin duda nuestra principal fuente de información sobre los años iniciales de la Anarquía Militar y también sobre los males y dificultades con que se irá enfrentando Roma tras la muerte de M. Aurelio en el año 180 d.C. De Herodiano ni siquiera sabemos con seguridad la fecha en que compuso su obra ni su nacionalidad y condición social. Posiblemente fuera un sirio vinculado a la administración pública y a la clase ecuestre, lo que podría explicar su simpatía por emperadores que provenían de este sector social. En cualquier caso, se propuso escribir con rigor y sistematización sobre unos hechos que todavía podían ser recordados por muchos de sus coetáneos y que él estima de valor histórico excepcional por el sinnúmero de transformaciones radicales y a veces sorprendentes que tuvieron lugar en apenas medio siglo, analizando con especial detenimiento los años cruciales, como los comprendidos en el intervalo 235-238. Su análisis parte de un presupuesto que se hará tópico desde entonces hasta hoy: el emperador M. Aurelio simboliza las virtudes del buen gobernante y, en consecuencia, a él se remiten las vidas y los hechos de los demás con el fin de baremar su bondad o maldad. Lógicamente, ello le llevó a escribir una *Historia* henchida de pesimismo y tristeza ante la constatación de una ininterrumpida decadencia a partir de la muerte del emperador-filósofo, pues han desaparecido los gobernantes honestos y no hay indicios de que el próximo futuro sea más halagüeño. Por el contrario, el poder recae incesantemente en manos de emperadores incapaces, débiles e indignos, temática que se convertirá en un tópico banal a partir de entonces y que refleja bien los intereses dañados y los ideales humillados de las clases dominantes durante los mejores años del s. II, es decir, de la aristocracia que sirvió y apoyó a los más ilustres emperadores Antoninos, de Trajano a M. Aurelio.

La *Historia* de Herodiano, a pesar de su carácter moralizante y retórico, es sin metáfora un pequeño oasis en el desierto historiográfico de mediados del s. III, debido en gran medida a que se convirtió en modelo narrativo para los autores bizantinos y, a través de éstos, llegó muy prestigiada a los humanistas europeos. Unos y otros leyeron sus relatos (no siempre veraces) con profunda admiración y confianza, lo que a la postre redundó en perjuicio de otros historiadores más rigurosos, que fueron injustamente relegados al olvido: tal sería el caso del sofista e historiador ateniense Dexipo, que narró en sus *Historias Escitas* acontecimientos producidos hasta el 270 y según las maneras de Tucídides, pero que por desgracia sólo nos ha llegado muy fragmentariamente, si bien en él se inspirarán algunas biografías de la *Historia Augusta*. En conclusión, cabría pensar que la pobreza historiográfica de la época no tiene paliativos, pues los textos legislativos (en particular el Código de Justiniano), la numismática y la arqueología pueden ocasionalmente ayudarnos, al igual que otras fuentes “menores”, como la papirología, pero nunca dan un cuadro completo de la situación social ni de su evolución, por lo que su utilización difícilmente resulta suficiente. Sin embargo, afortunadamente disponemos de otras fuentes literarias coetáneas, que a partir de ahora incluso serán cada vez más voluminosas y esclarecedoras que las puramente historiográficas. Se trata de la literatura de carácter religioso, cristiana en particular, que ya desde el s. II constituye una fuente histórica de primer orden. Para la época que aquí nos ocupa, sabido es la importancia de los escritores cristianos alejandrinos, como Orígenes, que en su *Contra Celso* plantea la cuestión, entonces vital, de las relaciones de los cristianos con el poder civil, y en última instancia, ofrece una panorámica preciosa del conflicto entre paganismo y cristianismo. El tema lo volvería a tocar en otros de sus múltiples escritos, en los que además aparecen referencias inestimables sobre la doctrina cristológica y eclesiástica primitiva, diferencias internas, apostasías o actitudes cristianas ante persecuciones como la del emperador Decio (su famoso tratado *Sobre el martirio* o *Proteptico* es fundamental para todas estas cuestiones). A la misma escuela de Alejandría pertenecen figuras tan importantes como Dionisio y otras que lo son menos tan sólo porque el azar no quiso que sus escritos llegasen hasta nuestro tiempo. En muchas obras cristianas de estos años se aprecia una visión escatológica de la Historia, que anuncia un final más o menos inminente del mundo, la segunda venida de Cristo y la restauración universal. Entre los autores occidentales que participan de estas ideas merecen mención especial el poeta Comodiano (a quien algunos atribuyen un origen sirio) y el obispo y mártir cartaginés Cipriano, muerto decapitado durante la persecución de Valeriano en el año 258.

Comodiano escribió en latín durante el s. III (aunque otros prefieran fecharlo en el s. IV e incluso en el s. V), entre otras obras, su *Carmen apologeticum*, donde considera la persecución de Decio como el indicio del fin del mundo, y las invasiones godas como un factor de liberación para los cristianos, pues los godos, aunque sean gentiles, fraternizarán con ellos. Se alegra abiertamente de las derrotas romanas y expresa su antirromanidad al idealizar a los bárbaros como aliados del cristianismo frente a los senadores paganos y cantar sus victorias cual gigantesca revolución religiosa y social (Mazzarino, 1980). Era, en otros términos, el triunfo de Dios sobre el “Anticristo”, sobre el Nerón *redivivus* que él posiblemente identificó en Valeriano, cuya apoteosis final era la marcha del ejército invencible de los puros dirigidos por el ángel de Dios. La visión de Comodiano se inspiraba directamente en los desastres de Roma

cuyo Imperio, sometido al juicio de Dios, se identifica con un mundo que el poeta desea expresamente ver morir, pero no sabemos con certeza si el ejército triunfador podría ser el de los godos o tal vez el de Odenato, que ya había sido exaltado en los libros XIII y XIV de los *Oráculos Sibilinos*.

Frente a Comodiano, que no conoce piedad para el Imperio, la obra de Cipriano parece, al menos a primera vista, más mesurada. Aunque sus escritos teológicos se estiman inferiores a los de su maestro Tertuliano, el obispo cartaginés nos ha dejado en sus Cartas y Tratados un retrato fiel y minucioso de los principales problemas sociales y eclesiásticos de mediados del s. III. Para constatarlo, basta leer su escrito *A Demetriano*, donde hace una acalorada refutación de las acusaciones que entonces se vertían contra los cristianos, responsabilizándolos de las pestes, el hambre, la sequía, las guerras y todo tipo de calamidades que asolaban el Imperio. Refutación que ya antes se vieron obligados a hacer otros apologetas, y harán después (nunca sin demasiado éxito) otros cristianos eminentes como Arnobio, Lactancio y Agustín. Pero en Cipriano la réplica contiene una preciosa concepción de la Historia y una muy justa apreciación de los desajustes sociales y políticos de su tiempo. En efecto, si su idea catastrofista, apocalíptica y escatológica de la Historia le lleva a interpretaciones un tanto forzadas de los textos bíblicos y a la creencia de un inminente fin de los tiempos, ello no le impide entender la crisis del Imperio y sus aspectos "decadentes" desde perspectivas puramente profanas, pues es consciente de que las adversidades presentes son el resultado de una pésima organización socioeconómica y del torcido proceder de los humanos, subrayando expresamente que frente a las amenazas de los bárbaros es mucho más desoladora la rivalidad social provocada por las injusticias de los poderosos, que las rapiñas ocasionan más hambre que las sequías, y que la escasez alimenticia se debe sobre todo al saqueo y a la desmesurada subida de los precios; incluso la falta de lluvias produce a su juicio menos males que el cierre de los graneros y, en resumen, señala Cipriano con no poca agudeza que la raíz de las calamidades no está en la producción, sino en la desigual distribución de los bienes, y que hasta la peste parece menos perjudicial que la desatención de los enfermos y el despojo impune de los muertos. Pensamiento, pues, sesgado por la ideología religiosa de aquella "época de angustia" (Dodds), pero pensamiento también extraordinariamente lúcido, que convierte a Cipriano en fiel testigo de su tiempo, incluso posible y paradójicamente menos condicionado que algunos de sus coetáneos, como Dión Casio, Herodiano o Comodiano.

Aunque no podemos detenernos en análisis de detalle, debemos tener presente esta creciente importancia de los testimonios cristianos conforme nos adentramos en la Antigüedad tardía. Recordemos, a título de ejemplo, las obras de Lactancio o aún más las de su coetáneo Eusebio de Cesarea, especialmente su *Historia Eclesiástica*, que no sólo inaugura un nuevo género historiográfico de venturoso porvenir y del que siempre será obligada referencia, sino que también nos preservó en sus páginas muchos documentos político-religiosos que de otro modo hubieran posiblemente desaparecido. Como Lactancio, también Eusebio (Heródoto del cristianismo) encontrará en las persecuciones su temática predilecta, si bien la preocupación histórica global nunca dejará de interesarle, como puede verse en su *Vita Constantini*, en su *Crónica* y también en los numerosos asuntos profanos tratados en su *Historia Eclesiástica*.

Casi un siglo después, a inicios de la quinta centuria, el hispano Orosio escribe, a instancias de Agustín, *Los siete libros de Historias contra paganos*, en el último de los cuales analiza-

rá el período de la Anarquía Militar, siempre bajo el criterio, dominante desde entonces, de que todo el proceso histórico no es sino la plasmación de una historia sagrada guiada y querida por Dios, una historia de Salvación a la postre, donde todos los acontecimientos expresan la voluntad, el juicio, el premio o el castigo con que la divinidad sanciona el comportamiento de los hombres.

En comparación con esta rica y desigual producción cristiana, la historiografía pagana se empobrece bruscamente desde mediados del s.III, por lo que esta época queda para nosotros en penumbra, al menos en aspectos y momentos concretos. Estas carencias documentales se han visto agravadas por la pérdida de los escritos correspondientes del último gran historiador de la Antigüedad, Amiano Marcelino, un griego de Antioquía que escribió en latín, con el propósito de continuar la obra de Tácito, una *Historia Romana* desde Nerva al año 378 , pero en su mayor parte (lo anterior al 353) ha naufragado con el paso de los siglos y sólo nos han llegado breves referencias sobre el periodo que aquí estudiamos. Pérdida especialmente grave dada la imparcialidad de este pagano tolerante y su profundo conocimiento de la vida política y de la situación social tanto en la parte Oriental como Occidental del Imperio. Pero la escasez de fuentes se debe también a la transformación de fondo que sufre el Imperio a partir de la tercera centuria: los sectores sociales que llegan ahora al poder y que son dominantes cultural y políticamente tienen unas preocupaciones históricas muy alejadas de los clásicos. La nueva situación sólo exige de la Historia un conocimiento conciso y globalizador del pasado, ajeno a todo tipo de valoración filosófica, atento solamente al dato concreto y a la secuencia cronológica. La interpretación del presente e incluso del pasado pasa a ser responsabilidad del Derecho y en especial de la Religión, de modo que la Historia comienza a convertirse en "esclava de la Teología", o si se quiere, en pura crónica. Por eso no es casual que muchos relatos se hagan por encargo y con la autorización del emperador o autoridad de turno, y que abunden en estas fechas los "abreviadores" o "epitomadores" que escriben historias universales en apenas unas decenas de páginas, que se copian unos a otros y que carecen siempre del espíritu analítico y crítico propio de la historiografía clásica grecorromana. Sólo en la parte Oriental del Imperio permanecerá un tenue rescoldo de la misma, gracias a la actividad de algunos autores griegos (y con frecuencia paganos) que se convierten así en los únicos continuadores y maestros en el arte de historiar, produciéndose una fructífera y muy original compenetración de la historia bizantina y de la historia griega, cuyo nivel será muy superior al de la historiografía medieval y cristiana de Occidente, pues ésta apenas sobrepasará los límites de la crónica o de la simple cronología. Algunos de estos Breviarios o Epítomes nos han llegado envueltos en el anonimato, y de otros apenas si tenemos escuetas referencias, como es el caso de Festo (que escribió su *Breviarium*, dedicado a Valente, sobre el 370), Eutropio (que también escribió un *Breviarium* por encargo del mismo emperador) y Aurelio Víctor, gobernador bajo Juliano y sin duda el más importante de los abreviadores por su obra *Caesares* escrita en los años 358-60. En la misma línea escribió Eunapio de Sardes, continuando la crónica de Dexipo, acerca de los años 270-404, y ya en pleno siglo VI compone la *Historia Nueva* el pagano Zósimo, cuyo libro I trata del emperador Caro y de sus hijos. Zósimo, autor griego, heredó de Eunapio su anticristianismo y no tuvo grandes reparos en piratear los escritos de éste, de Olimpiodoro de Tebas y hasta de Dexipo. Que esta forma de escribir y concebir la Historia responde a demandas sociales estruc-

turales puede constatarse en su vigencia secular, pues todavía en los siglos XI y XII, en el Estado Bizantino, autores como Xifilino, Cedreno o Zonaras constituyen ejemplos insignes de estas tendencias.

Pero la Historia biográfica tuvo sin duda su mejor expresión en la llamada *Historia Augusta*, conjunto de 39 biografías de emperadores, incluyendo corregentes y usurpadores, escritas por seis *scriptores*, que firman su obra a fines del s.III o inicios del s.IV. Las "Vidas" conservadas se continúan de Adriano a Gordiano III, y tras una laguna que cubre los años 244-260 (ignoramos si es una pérdida o si nunca se escribió) la obra se reinicia con la captura de Valeriano por los persas y termina con las biografías de Caro y de sus hijos Carino y Numeriano. La crítica moderna ha probado (aunque los debates siguen abiertos) que la *Historia Augusta* pertenece en realidad a un solo autor y que su redacción no fue anterior a los años finales del s.IV. El responsable fue personaje instruido y familiarizado con los círculos senatoriales paganos, buen conocedor del judaísmo y del cristianismo, y muy al tanto de las *Historias* y *Epítomes* que abundaban por entonces (entre las que destacaría , aparte de las citadas, la conocida como *Historia Imperial de Enmann*, escrita después del 337 y hoy perdida, pero que sería la fuente de información más importante de A. Víctor, Eutropio y la *Historia Augusta*).

A pesar de sus marcadas inclinaciones prosenatoriales y anticristianas y de que con frecuencia tergiversa los datos e incluso los inventa, a pesar de su obvia despreocupación por la autenticidad histórica, la *Historia Augusta* puede sernos de gran utilidad si la utilizamos con las debidas precauciones, procurando contrastar si es posible sus datos con otros testimonios literarios o monumentales, pues, como acabamos de ver, el medio siglo que aquí nos ocupa nos ha legado una documentación, amén de escasa, verdaderamente poco fiable y de difícil utilización.



Elías resucita al hijo de la viuda,
sinagoga de Dura Europos (sigloIII)

II. Los Emperadores-Soldados y la Anarquía Militar (235-260)

El régimen imperial consolidado por Augusto sobrevivió, superando múltiples dificultades, hasta los inicios del s.III. Ciertamente, a lo largo de estos siglos sufrió adaptaciones y transformaciones de muy diversa naturaleza, como el progresivo reforzamiento de la autoridad imperial y de los poderes militares, la generalización de la ciudadanía romana, la aceptación de cultos orientales y el retroceso de la economía esclavista clásica. Demos, pues, por bueno que la dinastía de los Severos (193-235) había hecho frente con acierto a muchas de las más importantes urgencias de esos difíciles decenios, pero sin olvidar que el principado civil se había transformado, al menos desde M. Aurelio, en un régimen militar cuya estabilidad descansaba más en el consenso de los ejércitos que en el apoyo del Senado y de las restantes instituciones del Estado. Por eso mismo, la política de expansión militar acaparará en adelante, hasta su consunción, las más saneadas fuerzas del Imperio.

No obstante, la situación parece cambiar brutalmente a partir del 235, año en que fue asesinado Alejandro Severo y el ejército proclamó emperador a Maximino el Tracio (235-238). Aurelio Víctor (*Caes.* 24, 7-11) fecha aquí los comienzos de un periodo crítico en el que, contrastando con la estabilidad anterior, se suceden en el poder una serie innumerable de gobernantes efímeros, frecuentemente depuestos y asesinados por jefes militares que a su vez son proclamados emperadores por las tropas, periodo de guerras civiles y calamidades de todo género que debilitaron gravísimamente la defensa del Imperio frente a los bárbaros y pusieron al Estado en manos de hombres mezquinos e incluso ajenos a los exquisitos modos de la cultura romana.

1. Maximino el Tracio: la política antisenatorial y la persecución del cristianismo

Maximino fue posiblemente en su juventud pastor en las montañas tracias y más tarde instructor de reclutas con los Severos, oficial militar y finalmente caballero: él simboliza como ningún otro el *cursus honorum* meteórico seguido por los nuevos dueños del Estado y la clase de gobernante despreciable a los ojos y los gustos de la vieja nobleza romana. Su valía militar le permitió acabar con éxito la guerra contra los germanos en el Rin, iniciada por el anterior emperador, pero su condición social y su conquista violenta

del poder le granjeó de inmediato la oposición del Senado y de la aristocracia, oposición que no haría solo agravarse por la política imperial basada en la confiscación de bienes a sectores ricos y terratenientes, que ni siquiera reparó en el saqueo de ciudades y templos. El miedo generalizado hace creíble las noticias de nuestras fuentes referentes a la ocultación masiva de riquezas y a la ostentación de pobreza por parte de todas las clases sociales. A tenor de las informaciones que nos transmiten Herodiano y Orígenes, toda la actividad imperial se orientó hacia la guerra germánica, pues en la mentalidad de Maximino el Imperio sólo podía ya defenderse recuperando la iniciativa militar. Así se explicaría su exigencia de que todos jurasen por la *Fortuna* de este emperador-soldado, así como el aumento de la presión fiscal y las confiscaciones con el fin de cubrir todas las necesidades militares. Mazzarino (1980), encuentra aquí las claves de todas las medidas de Maximino, y en particular la persecución desencadenada contra los cristianos, persecución que no solamente rompía con la actitud tolerante e incluso de simpatía practicada por los emperadores anteriores, sino que además adquiría un carácter sistemático y estatal cuyas consecuencias serían la ruptura del cristianismo con el mundo de sus perseguidores y el inicio de una hostilidad estatal (no ya privada e individual) hacia los cristianos que será imitada por todos los emperadores enemigos del cristianismo en los decenios siguientes, en particular por Decio, Valeriano y Diocleciano. En contra de esta interpretación, hoy se tiende a considerar (por ejemplo, M. Sordi, 1984) que la persecución de Maximino sólo tuvo dimensiones locales (Capadocia) y que incluso pudo limitarse a la represión de los amigos y partidarios de Severo Alejandro, como indica el propio Eusebio de Cesarea (HE, VI, 28), Cipriano (*Ep*. 75, 10), Herodiano (VII, I, 3-4) e incluso la Historia Augusta (*Vita Maximini*, 9,7/8), sin olvidar, naturalmente, los beneficios económicos que ello pudiese reportarle, de acuerdo con los objetivos políticos que antes hemos señalado. En todo caso, es patente que su política prefigura la de los posteriores emperadores ilíricos: desesperada defensa del Imperio, fomento de la moneda divisionaria de plata (en detrimento del *aureus* y de la economía aristocrática) para pagar a los soldados y, en fin, patrióticos ideales de lucha contra los Germanos.

El emperador Maximino

"Cuando se hizo cargo del Imperio, Maximino provocó un profundo cambio al ejercer su poder de forma cruel y aterradora. Se esforzó por trastocarlo todo pasando desde un gobierno tolerante y muy humano a la crueldad de una tiranía, consciente de la malquerencia hacia su persona, porque había sido el primero en llegar a una situación tan afortunada desde la condición más humilde. Era un bárbaro tanto por su carácter como por su cuna. Con el temperamento sanguinario heredado de sus antepasados y propio de su país, se propuso conservar el poder mediante la crueldad por temor a sufrir el desprecio del Senado y de sus súbditos, que no se fijarían en su presente fortuna sino en los humildes pañales de su nacimiento. Corría de boca en boca para su descrédito la historia de que en otro tiempo había sido pastor en las montañas de Tracia y de cómo, tras presentarse al modesto ejército de su país por mor de su estatura y fuerza, había llegado de la mano de la fortuna hasta el Imperio romano. (....). El descubrimiento de una conjuración que se tramaba contra él, en la que participaban muchos centuriones y senadores, lo incitó todavía más a la crueldad y al enojo con todos"

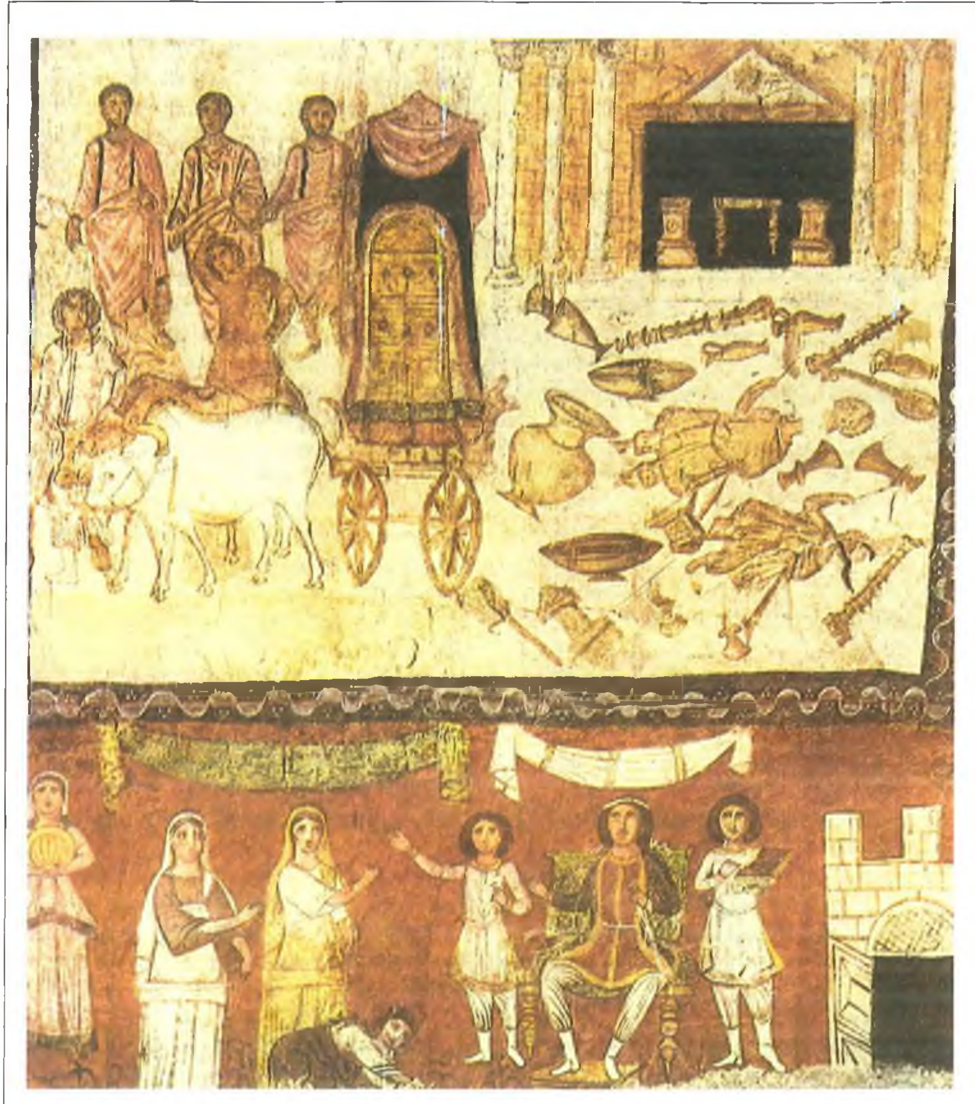
Herodiano: *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio,* VII (Traducción de J.J. Torres Esbarranch).

2. La reacción senatorial del 238 y su valoración histórica

El año 238 estalló una revuelta en Africa Proconsular, que se extendió a Roma y triunfó en Cartago bajo la dirección del procónsul provincial Gordiano, quien de inmediato fue proclamado emperador, junto a su hijo, por el Senado. En contra de lo que cabía esperar, Maximino reaccionó con moderación, *humanitatis via*, limitándose en un primer momento a sofocar la sublevación en Africa, donde fueron eliminados los dos Gordianos por las tropas fieles al emperador Tracio. Pero el corazón de la revuelta ya no latía aquí, sino en Roma y, por extensión, en toda Italia: el Senado nombra otros dos emperadores (Pupieno y Balbino), organiza la resistencia a Maximino y devuelve a Italia el papel protagonista de nación-guía del Imperio, rememorando así sus ya lejanos tiempos de gloria. El ideal constitucional del Senado, de marcado tinte republicano (*libertas*) y expresado en el poder imperial colegiado, debió pronto completarse dando satisfacción a las aspiraciones de legitimidad dinástica, y de corte tradicionalista, de la plebe romana, de modo que el niño Gordiano III, nieto de Gordiano I, fue nombrado César. Entretanto, Maximino se dirige con un poderoso ejército hacia Italia, donde escaseaban los efectivos militares pero se vivían días de euforia popular y tradicionalista. Sorprendentemente, Maximino fracasó militar y socialmente en su intento por mantener en exclusiva el poder, siendo incapaz de superar la resistencia que le ofreció la rica y bulliciosa ciudad de Aquileia, en cuyo frustrado asedio (por la imposibilidad de reforzar sus efectivos y garantizar los abastecimientos) sería asesinado por sus propias tropas.

El triunfo de la insurrección en Africa Proconsular e Italia, regiones donde predominaba el latifundio senatorial trabajado por colonos, prueba el trasfondo socioeconómico del conflicto. Ya en la década de los 20, M. Rostovtzeff, un sabio profesor de Petersburgo sumamente afectado por la implantación del comunismo en Rusia, escribió en su exilio europeo un enjundiosos estudio sobre el Imperio Romano, cuya caída describe como resultado de la oposición y lucha mortal entre masas y élites, entre campo y ciudad, entre barbarie y civilización, entre...el proletariado y la burguesía. Prueba de ello sería precisamente la insurrección senatorial del 238, que él analiza con criterios modernistas, como si fuese una revolución de las clases ciudadanas, aburguesadas y cultas, contra el ejército de campesino, brutales y llenos de odio, dirigido por emperadores incultos y hostiles a la cultura clásica. De esta manera, Rostovtzeff lograba bolchevizar un lejano acontecimiento histórico (lejanía que le permitía tratar el tema con aparente y vociferada ecuanimidad), para apelar seguidamente a la concordia de la burguesía europea y conjurar temores para él obsesivos: que una Europa desgarrada por la primera gran conflagración mundial se entregase, vencida ahora tras gigantesco duelo de clases sociales, en las manos incultas de las masas obreras. De ahí que su obra termine con una interrogante que todavía hoy se plantean quienes consideran a los trabajadores y explotados de todos los tiempos como la auténtica bestia negra de la Historia: "¿Es posible extender a las clases inferiores una civilización superior sin degradar el contenido de la misma y diluir su calidad hasta desvanecerla por completo? ¿No está condenada toda civilización a decaer apenas comienza a penetrar entre las masas?".

Pero la realidad es que, muy lejos de probar tal tipo de conflictos y degradaciones, la revuelta del 238 puso de manifiesto una amplia comunidad de intereses entre los campesinos y las capas ciudadanas, pues fue protagoni-



Infancia de Moisés,
sinagoga de Dura Europos (siglo III)

zada por colonos de latifundistas privados hostiles al emperador; en otras palabras, se documenta aquí una interesada solidaridad entre los campesinos-colonos y los terratenientes senatoriales contra la opresión fiscal, política y militar del Estado, abortándose de este modo la posible formación de lo que, en términos modernos, Mazzarino (1980) ha denominado "conciencia de clase campesina y antipatronal". En este sentido, los latifundios privados (o senatoriales) de Africa Proconsular lograron aglutinar el descontento rural y urbano que estalló, tras una larga maduración, en tiempos del emperador Maximino, quien, por eso mismo propiciaría a continuación que sus partidarios, en represalia, "saquearan e incendiaran campos y aldeas", según testimonio de Herodiano (VII,9,10). Es significativo

que la revuelta fracasara principalmente en las provincias con sólida implantación del latifundismo imperial (las de Hispania entre otras), cuyos colonos consideraban por lo general al emperador como un defensor de sus intereses frente a los abusos de terceros (procuradores, arrendatarios, etc.), y posiblemente sin el apoyo de Italia (y de Roma) hubiera sido abortada en sus orígenes. Por cierto que este apoyo decisivo sólo se explica por la presencia senatorial en la capital del Imperio y en Italia, donde los senadores estaban obligados a invertir un alto porcentaje de sus patrimonios.

3. Digresión sobre el colonato y la crisis urbana del siglo III

En otro orden de cosas, los acontecimientos del 238 vienen a ratificar lo que ya sabíamos por otras fuentes: el declive de las formas de explotación esclavistas, en provecho del trabajo dependiente y en especial del colonato adscrito a las tierras privadas o del emperador. La difusión de éste se vio favorecida por el hecho de que su adquisición no requería la inversión de capital monetario, como ocurría lógicamente con la compra de esclavos, sino tan sólo disponer de tierras donde asentarlos en calidad de arrendatarios y con diversas obligaciones con respecto a los propietarios. La abundancia de *agri deserti* y la acaparación, en detrimento o incluso a expensas del pequeño campesinado, de amplias extensiones de tierras por poderosas minorías sociales constituye, consecuentemente, una premisa fundamental en la creciente y sólida implantación del colonato a partir de los decenios finales del s.II. No obstante, el fenómeno, verificado a lo largo de varios siglos, trasluce la necesidad de disponer de una fuerza de trabajo sometida a los intereses de las nuevas élites y vinculada indefinidamente a la tierra, pues era este nexo del trabajador a los medios de producción la mejor compensación a la escasez de mano de obra o *penuria hominum* a que tan frecuentemente aluden nuestras fuentes. La explotación de los *coloni* por parte de latifundistas asentados en ricas *villae* rústicas, se fue haciendo cada vez más oprobiosa a lo largo del s.III, y en la siguiente centuria abundan las noticias sobre huidas de trabajadores de los campos, a pesar de su expresa prohibición y duro castigo legal. Lactancio (*De mort. pers.* 7,3) afirma que en tiempos de Diocleciano "se llegó al extremo de que era mayor el número de los que vivían de los impuestos que el de los contribuyentes, hasta el punto de que, al ser consumidos por la enormidad de las contribuciones los recursos de los colonos, las tierras quedaban abandonadas y los campos cultivados se transformaban en selvas". Así pues, si en un primer momento se produce una cierta solidaridad entre colonos y latifundistas, ello sólo puede explicarse por la común hostilidad a la política fiscal y social del poder central, pues a partir del s.IV, el triunfo definitivo del latifundio sobre el Estado acarrearía la coerción brutal y legal de los colonos a las tierras y su dura represión, incluso corporal, en caso de deserción. Pero esta será una temática propia de la cuarta centuria, cuando de forma manifiesta confluyen los intereses de los latifundistas, de la jerarquía eclesiástica y del fisco estatal, confluencia que se traduciría en una serie de leyes que sancionaban la inamovilidad de los colonos. En todo caso, se trata de un fenómeno complejo, como se deduce de la propia heterogeneidad de la legislación bajo imperial, lo que prueba que este modo de explotación adoptó formas diferentes y categorías diferentes según lugares y circunstancias, si bien en su esencia el colonato fue evolucionando hacia un régimen generalizado de servidumbre, en la que también cayeron los peque-

ños campesinos, la plebe urbana y los esclavos, de manera que, a la postre, se produjo lo que algunos historiadores, como Petit o Mazza, han denominado "nivelamiento de las clases inferiores".

Los latifundios arrendados a colonos constituirán muy pronto organismos rurales autónomos en sus formas de producción y distribución de las riquezas, desvinculándose cada vez más del control político-fiscal ciudadano e imperial. De hecho, las *villae* rústicas abarcaban a veces aldeas enteras, con una organización muy compleja que incluía sus propios órganos administrativos, mercados y divinidades. Aunque algunos autores marxistas, en especial Staerman (1964), ven estos cambios como un producto de la lucha de clases y otorgan al colonato un rasgo de progreso respecto al sistema esclavista, para otros, según acabamos de ver, lo que se estaba produciendo era sencillamente una nivelación por abajo propiciada por los propietarios interesados en disponer de una fuerza de trabajo dependiente (colonos y otros) y que igualase o superase en eficacia a la de los esclavos. Para ello, estos propietarios optan por cointeresar a los trabajadores en la producción, dándoles mayor libertad (se les permite, por ejemplo, el matrimonio legal y la vida familiar) e incluso otorgándoles un peculio o lote de tierra en propiedad. Una lógica consecuencia de todo ello fue el alejamiento del campo y el mercado, pues, como ha escrito De Martino, "la finca constituyó una unidad cerrada sometida al poder del señor, donde vivían oprimidos esclavos y colonos, hermanados por una condición igual". El resultado final fue el deterioro e incluso abierta decadencia de la vida urbana, tan ampliamente documentada por la arqueología y la epigrafía: pobreza de construcciones, restricciones de los recintos urbanos, amurallamientos, escasez de inscripciones honoríficas, etc. Se puede afirmar que el proceso de urbanización,

La revuelta de los pretorianos: entronamiento de Gordiano III

"A partir de entonces los emperadores gobernaron la ciudad con moderación y autoridad (...). El pueblo estaba contento con ellos porque le enorgullecía contar con emperadores patricios que fueran dignos del Imperio. Los soldados, sin embargo, estaban enfurecidos; no les agradaban las aclamaciones del pueblo y les molestaba la nobleza de los emperadores. (...). Durante la celebración de los juegos capitolinos, mientras todo el mundo estaba ocupado en la fiesta y los espectáculos, los soldados descubrieron súbitamente los sentimientos que guardaban en su interior (...), se apoderaron de los ancianos (emperadores); les arrancaron las sencillas ropas de andar por casa que llevaban puestas y los sacaron del palacio imperial desnudos con todo tipo de ultrajes y violencias. Entre golpe y golpe hicieron befa de ellos llamándoles emperadores del Senado; los martirizaron con tirones de barbas y cejas y con vergonzosas violencias por todo el cuerpo, y les pasearon por el centro de la ciudad (...). Tan pronto como los germanos se enteraron de estos hechos, tomaron las armas y corrieron en su auxilio. Pero al saber los pretorianos que los germanos se acercaban, inmediatamente dieron muerte a los emperadores, cuyos cuerpos ya estaban completamente mutilados. Dejaron los cadáveres en medio de la calle y, acto seguido, levantaron a Gordiano (III), que entonces era César, y lo proclamaron emperador, puesto que no encontraban otro en aquellas circunstancias. Luego pregonaron ante el pueblo que se habían desembarazado de aquellos a quienes el pueblo había rechazado para estar al frente del Imperio. (...). Los germanos (tropas auxiliares romanas), no teniendo ningún interés por emprender una guerra inútil por dos hombres muertos, regresaron a sus cuarteles."

Herodiano, *Hª del I. romano después de M. Aurelio,* VIII. (Traducción de J.J. Torres Esbarranch).

característica peculiar de la romanidad, cesa a partir de los Severos, si bien (como siempre ocurre) ello no impide que muchas ciudades sigan cumpliendo su papel administrativo y político-militar, y mantengan cierto nivel de prosperidad, como es el caso de Alejandría, Antioquía, Cartago, Milán o Sirmium. La crisis urbana se vio agravada por la extraordinaria subida de las cargas fiscales del Estado, de cuya recaudación se responsabilizará a las autoridades locales (decuriones) precisamente en una época en que la actividad económica de las ciudades languidecía de forma irreversible por su desconexión y aislamiento de las grandes fincas, donde una clase poderosa eludía impunemente sus obligaciones fiscales y políticas a nivel municipal y también estatal. Esta ruralización de la economía y de la sociedad fue más acentuada en Occidente que en Oriente, y contrasta tan vivamente con el esplendor de la vida urbana en los siglos pasados, que en cierto modo parece representar la gran revancha histórica del campo sobre la ciudad.

4. La revuelta de los pretorianos y el gobierno de Gordiano III (238-244)

La elección de Gordiano III como César había sellado un compromiso político entre las diversas concepciones constitucionales del pueblo y del Senado, pero no había satisfecho a los pretorianos, que constituían un pilar básico de la estructura político-militar del Estado. Por el contrario, a éstos se les había impuesto como prefecto un personaje de rango senatorial emparentado con el emperador Pupieno, rompiendo así la tradición secular que confiaba este importantísimo cargo a un miembro del *ordo* ecuestre, a un caballero. El hecho prueba un ilusorio envalentonamiento del Senado ante los primeros avances de la insurrección contra Maximino y su intransigente actitud, poco conciliadora al menos, respecto al segundo estamento social romano. Será precisamente este desmesurado deseo senatorial de controlar toda la burocracia de la corte imperial lo que provocará un pronta revuelta de los pretorianos, de carácter expresamente hostil al Senado, y que concluirá con el consiguiente reforzamiento, a nivel jurídico, político y militar, de la prefectura del pretorio. En efecto, tras el asesinato de Maximino en Aquilea, su ejército y el pueblo italiano festejan la reconciliación por la que formalmente el poder político y militar quedaba nuevamente depositado en el *senatuspopulusque*, y el ejército aparenta asumir su papel de servidor, y no ya de señor, del Imperio. Pero se trataba de un espejismo: al poco estalla el descontento de los pretorianos, que asesinan a los emperadores Pupieno y Balbino e imponen como Augusto a Gordiano III, quien a los trece años de edad inicia así un reinado que sólo llegará al 244.

Si la obra de Herodiano ofrece datos prolijos y valiosos sobre el calamitoso año 238, que conoció cinco emperadores "legítimos", a partir de ahora deberemos guiarnos por testimonios aún menos fiables y de más difícil interpretación, como los Breviarios y Epítomes bajo imperiales, y en particular por la *Historia Augusta*. Según estas fuentes, el joven emperador, simple marioneta de los intereses encontrados, favorece un acercamiento del Senado, del ejército y del pueblo, aunque lo más sobresaliente será, como era de esperar, el protagonismo autoritario de los dos prefectos del pretorio que se suceden al frente de las elitistas cohortes pretorianas y que en la práctica fueron los auténticos gestores del Imperio: Timesiteo y Filipo. Por otra parte, prosigue en estos años la barbarización de la milicia, con una masiva incorporación de godos en unidades de caballería equipadas a la manera irania (catafractarios, donde el jinete lleva

armadura). De este modo, aunque el ejército romano todavía se nutre principalmente de legionarios ciudadanos, acentúa su carácter móvil e incrementa sus contingentes de mercenarios federados del exterior, gratificados con estipendios que llegan a confundirse con meros tributos pagados a los bárbaros a cambio de la paz y de su colaboración.

Con este ejército reformado, Gordiano inicia en el 242 su expedición contra los persas, quienes sentían gran temor de los efectivos germánicos; pero en esta campaña (que contó con la presencia del filósofo neoplatónico Plotino) fue asesinado el emperador, cerca de Dura Europos, por las tropas romanas, posiblemente descontentas por la creciente barbarización de la milicia, y tal vez instigadas por el prefecto Filipo, quien fue proclamado allí mismo emperador y de inmediato acordó una paz precaria y vergonzante con el rey persa Sapor, a quien debió pagar medio millón de denarios. Para calmar el descontento de los soldados romanos, licenció a las tropas federadas bárbaras (lo que sería fatídico para Roma), tomando para sí, a fuer de sus menguados éxitos, los pomposos títulos de *Persicus, Parthicus Maximus, Germanicus*....viviendo lo suficiente para celebrar el milenario de Roma un 20 de Abril del año 247.

5. Filipo el Arabe (244-249). Las necesidades religiosas y el sentimiento de "decadencia"

Filipo, de origen árabe, será considerado por la tradición cristiana como el primer emperador converso a la nueva fe, que incluso cumplirá penitencia en Antioquía por sus responsabilidades en la muerte de Gordiano. Aunque la tradición se podría confirmar por la correspondencia de Orígenes con Filipo y su esposa, la verdad



Caza del león. Sarcófago
Museo del Capitolio. Roma

es que el Imperio Romano todavía está lejos de ser un Imperio Cristiano. Lo que ocurre es que sigue avanzando hacia formas de unidad y sincretismo religioso, y ciertamente el cristianismo se prefigura ya como una gran fuerza espiritual capaz de aglutinar mentalidades y voluntades que hasta el momento han permanecido enfrentadas o distantes. Prueba de ello es su difusión más allá de los límites del Imperio, entre persas, medos o partos, alcanzando el viejo Estado helenístico de Bactriana, hasta tal punto que Mani predicó entre los persas su doctrina con el presupuesto de que la religión de Oriente era la de Buda y Zaratustra mientras la de Occidente era la de Jesús. A pesar de que el Occidente a que se refiere el persa Mani es "nuestro" Oriente (es decir, la zona donde antes y más intensamente se difunde el cristianismo), es muy significativo que ésta sea considerada ya como la religión típica de Roma, y que el propio Orígenes (*C. Celso*, VIII, 70) se plantee por primera vez la hipótesis de una cristianización plena del Imperio, si bien parece no desearla por los riesgos que se suponían en la secularización del mensaje evangélico. En consecuencia, debemos pensar que Filipo, sin ser cristiano, sintió vivamente la necesidad de unificación religiosa y los beneficios que ello reportaría al debilitado Estado romano. En este mismo sentido debemos valorar la fastuosidad con que el emperador, como *pontifex maximus*, celebró los actos conmemorativos del milenario de Roma.

Al margen de las pretensiones personales o políticas del emperador, el mero hecho de que este espectacular aniversario se celebre bajo la égida de un "árabe", del que se podían sospechar veleidades filocristianas adversas al paganismo tradicional, es todo un símbolo de la situación, material y espiritual, en la que había caído el Imperio. Mazzarino (1980) ha señalado agudamente cómo se universalizan ahora los sentimientos de "decadencia" que hasta entonces sólo habían sido temática propia de reducidos círculos intelectuales: que la cultura y la civilización clásica están en declive se trasluce en diversos textos papirológicos, en los Oráculos Sibilinos y especialmente en el escrito a un tal Donato redactado en estos años por Cipriano de Cartago, un insigne retor pagano recién convertido al cristianismo: "Observa los caminos infestados de ladrones, los mares acechados por piratas, por todas partes divididos los pueblos por los horrores de sangrientas guerras. Todo el mundo está bañado en sangre de sus habitantes. Cuando algu-

Filipo y la expansión del cristianismo

"Al terminar Gordiano su reinado de seis años completos sobre los romanos, le sucede en el Principado Filipo, junto con su hijo Filipo. De él cuenta una tradición que, como era cristiano, quiso tomar parte con la muchedumbre en las oraciones que se hacían en la Iglesia el día de la última vigilia de la Pascua, pero el que presidía en aquella ocasión no le permitió entrar sin haber hecho antes la confesión y haberse inscrito con los que se clasificaban como pecadores y ocupaban el lugar de la penitencia, porque, si no hacía esto, nunca lo recibiría de otra manera, a causa de los muchos cargos que se le hacían. Y se dice que al menos obedeció con buen ánimo y demostró con obras la sinceridad y piedad de sus disposiciones respecto del temor de Dios.

(...) Fue entonces, como era natural también, mientras la fe se multiplicaba y nuestra doctrina se expresaba con libertad por todas partes, cuando Orígenes (...) compuso los ocho libros contra la obra del epicúreo Celso contra nosotros, titulada *Doctrina verdadera*, así como .... Se conserva de él, además, una carta al mismo emperador Filipo y otra a su mujer Severa..."

Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, VI, 34-36.(Traducción de A. Velasco Delgado).

Decio y Valeriano: persecuciones anticristianas y descalabros militares

"Tras muchos años, surgió para vejar a la Iglesia el execrable animal Decio. Pues ¿quién sino un malo puede ser perseguidor de la justicia?. Como si hubiese sido elevado a la cumbre del poder con esta finalidad, comenzó rápidamente a volcar su cólera contra Dios para que rápida fuese su caída. Habiendo marchado en expedición contra los carpos, que habían ocupado Dacia y Mesia, rodeado de improviso por los bárbaros, fue destruído con gran parte del ejército. Ni siquiera pudo ser honrado con la sepultura, sino que, despojado y desnudo, como correspondía a un enemigo de Dios, fue pasto de las aves de presa en el suelo.

No mucho después, también Valeriano, arrebatado por una cólera semejante, levantó contra Dios sus manos impías y, aunque en breve espacio de tiempo, derramó mucha sangre de los justos. Pero Dios le infligió un tipo de castigo nuevo y singular, a fin de que sirviese a los venideros como ejemplo de que los enemigos de Dios reciben siempre un pago digno de su crimen. Capturado por los persas, perdió no sólo el poder del que se había servido con insolencia, sino también la libertad de que había privado a los demás y vivió el resto de su vida en una humillante servidumbre. En efecto, el rey de los persas, Sapor, que era quien le había cogido prisionero, cuando deseaba subir al carro o montar a caballo, mandaba al romano que se postrase y le ofreciese su espalda y, poniéndole el pie sobre ella, le decía entre risas, en plan de burla, que esta era la realidad verdadera y no la que los romanos pintaban en tablas y murales. (...). Otro hecho contribuyó a agravar su castigo: aunque tenía un hijo emperador, no tuvo un vengador de su cautividad y de su abyecta servidumbre, ni nadie lo reclamó en absoluto. Una vez que acabó su humillante vida en medio de una ignominia como ésta, fue despellejado, y tras separarle las vísceras de la piel, tiñeron ésta con un líquido rojo y la colgaron en el templo de los dioses bárbaros, a fin de que sirviese de conmemoración de tan brillante victoria y, a nuestros embajadores, la contemplación de los despojos de este emperador cautivo en el templo de sus dioses bárbaros les sirviese de advertencia perenne para que los romanos no confiasen demasiado en sus fuerzas."

Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, 4-5. (Traducción de R. Teja).

no comete un homicidio, se considera como crimen; es virtud cuando se ejecuta oficialmente. Hace impune a la maldad no el título de inocencia, sino la magnitud de la crueldad." (*Ad Don.*6). La reacción contra estos sentimientos religiosos y filosóficos, y también contra el poderío de la clase ecuestre representada por Filipo, no se hizo esperar: Decio, legado de Mesia y Panonia, perteneciente al orden senatorial e imbuido de los ideales tradicionalistas romanos, fue proclamado emperador por sus tropas, venciendo seguidamente a Filipo en la batalla de Verona (249). De este modo se consumaba la victoria de las tendencias senatoriales y paganas sobre las concepciones ecuestres, sincréticas y filocristianas de los últimos años. Por eso ahora sí asistimos a un cambio profundo en la administración y en la política de Roma: como era de esperar, los cristianos habrían de llevar la peor parte.

6. La gran crisis del 249-260

El reinado de Decio (249-260) abre uno de los periodos más dramáticos de la historia de Roma. El Imperio sufrió una epidemia de peste durante quince años y los godos (que en tiempos de Gordiano III sirvieron como *foederati*, pero tras su licenciamiento por Filipo se habían convertido en el más temible de sus enemigos) forzaron las fronte-

ras e invaden las provincias balcánicas. A pesar de algunos éxitos iniciales, el emperador, vencido y acorralado cerca de Abritus, perdió la vida en el campo de batalla. Decio fue uno de los mejores emperadores romanos, consagrado por entero a la defensa del Estado y a la reconstrucción de la unidad social. Para ello convocó a todos los ciudadanos a las prácticas de la piedad tradicional, en la esperanza de recuperar la benevolencia de los dioses. Muchos cristianos lo entendieron así, pero otros –y con ellos la propaganda oficial eclesiástica– interpretaron este empeño imperial como una expresa persecución anticristiana, por lo que su nombre engrosaría la nómina de personajes hostiles a la nueva religión y su memoria quedaría empañada para siempre.

La muerte inesperada del emperador agudizó las luchas por el poder durante los dos años siguientes. Esto, unido a otros males internos como el recrudecimiento de la peste, envalentonó a los enemigos de Roma, de manera que los persas de Sapor llegaron a a la misma Antioquía y los godos (¡una vez más!), insatisfechos con la ventajosa paz obtenida a la muerte de Decio, reanudan sus ataques, llegando incluso a ocupar la ciudad de Efeso. En tan difícil situación fue finalmente proclamado emperador Valeriano, jefe del ejército del Rin y perteneciente a una noble familia senatorial, lo que le granjeó de inmediato el beneplácito del Senado. El nuevo Augusto (253-260), que ya contaba setenta años de edad, nombró corregente a su hijo Galieno, tal vez por seguir la tradición republicana y aristocrática del mando colegiado, o más probablemente porque se percataba de que las tareas eran desbordantes y de que se iba imponiendo una cierta separación del Imperio en dos partes. En estos años parece situarse el ojo del huracán de la crisis del s. III, acumulándose ahora las revueltas internas, las usurpaciones políticas y los reforzados ataques bárbaros: francos y alamanes rompen el *limes* gálico sobre el 258 asolando las regiones limítrofes y también Hispania y el Norte de Africa. Aquí, en Mauritania, la situación se complica por la reactivación de la guerrilla y de las escaramuzas de las tribus bereberes, mientras que en la parte oriental del Imperio los godos llegan en sus incursiones hasta Tesalónica, Nicomedia y Prusa.

Este vendaval de invasiones, acompañado como siempre de la desolación, la enfermedad, el hambre y la muerte, fue sentido por algunos sectores como una venganza divina por el abandono de las prácticas paganas y la expansión del cristianismo. Ello le permitió al emperador desencadenar una de las más duras persecuciones religiosas, especialmente dirigida contra las élites sociales de la Iglesia (su finalidad económica es obvia, con abundantes confiscaciones de propiedades) y en la que, aparte de perder la vida muchos cristianos ilustres, encontrarían inspiración los sentimientos milenaristas y apocalípticos del pueblo cristiano, como puede verse en los últimos escritos de Cipriano, mártir de esta persecución, o en el poeta Comodiano, que ve en el perseguidor al Anticristo y Nerón *redivivus*, presagio escatológico del fin de los tiempos. Para colmo de males, sobre los años 259-60 los persas de Sapor (entre los que se encontraba Mani) toman Antioquía sin que sus atónitos habitantes, absortos en una función de circo, tuvieran tiempo para sobreponerse a la sorprendente aparición de estos intrusos. Pero lo más grave estaba aún por producirse: en su intento de rechazar a los persas, el propio emperador Valeriano cayó prisionero cerca de Edesa (Mesopotamia) y fue llevado en cautiverio a la corte de Sapor. Acontecimiento inaudito y sin precedentes que ponía brutalmente de relieve el error cometido al prescindir de las tropas federadas de los godos e impulsarlas así al campo enemigo, abriendo un segundo frente



Busto de Filipo el Arabe
Museo del Capitolio. Roma

en las fronteras orientales. Sencillamente, en esta situación el ejército romano sólo podía batirse en retirada. La prueba más patética de ello era la impotencia de Roma para contraatacar y rescatar a su emperador cautivo. Galieno ni siquiera se lo planteó: no podía. Este insólito acontecimiento marca el punto culminante de la crisis, y a la par que subraya la debilidad del legendario poderío romano, encendió los ánimos de sus enemigos externos: el recrudecimiento (¡aún más!) de las incursiones bárbaras en todas las fronteras parecía ser el asalto final contra la vieja Roma cuyos ejércitos, sumidos en el más anárquico descontrol, protagonizan sucesivos pronunciamientos en los que resultaron proclamados emperadores diversos jefes militares de Oriente (Macrino y Quieto) y Occidente (Regaliano, Ingenuo y Póstumo). El emperador legítimo, Galieno, se encontraba, pues, ante un panorama sombrío que hoy puede asombrar no tanto por la magnitud de los peligros que acechaban al Estado, cuanto por la realidad histórica de que éste pudiese encontrar, tal vez sin pretenderlo, el camino (también peligroso y anárquico, pero quizás único) de su desesperada supervivencia.

III. La crisis del Imperio en tiempos de Galieno (260-268). La ruptura de la unidad y las reformas del Estado

Según acabamos de ver, el Estado Romano y todos sus recursos materiales e ideológicos, las bases sociales y la tradición religiosa en que se fundó y expandió, llegan inequívoca y dramáticamente a una situación límite en los años centrales del s.III. Pero no es menos cierto que esas mismas fuerzas debilitadas, cuando no aniquiladas, van a recuperar su vigor en una reacción política y social impresionante, protagonizada por todos y cada uno de los ciudadanos fieles al poder constituido (legítimo o disidente) y decididos a recomponer su unidad en renovados ideales religiosos y sentimientos comunitarios. La voluntad de supervivencia exigió cambios profundos e históricamente necesarios, cuyo resultado fue la reconstrucción de un remozado Estado y de una nueva sociedad civil, quedando así superadas las contradicciones y desesperanzas surgidas en los largos años de lucha contra los enemigos externos, de calamidades y guerras civiles.

1. Aproximación histórica a la figura de Galieno

La cautividad de su padre dejaba a Galieno, con todo el poder constitucional en sus manos, ante unas condiciones terribles que impresionaron a los propios coetáneos y ante las cuales sólo cabía adoptar medidas drásticas y de emergencia, así como combatir el generalizado pesimismo social, plasmado en las lamentaciones de "decadencia" y "fin de los tiempos" compartidas al unísono por los intelectuales paganos y cristianos. En esta perspectiva histórica, el reinado de Galieno supone el punto de inflexión de la crisis y a su política se debe el pronto restablecimiento de las fuerzas del Estado. Y ello fue así muy a pesar de que las fuentes literarias lo tratan mal, tal vez porque sólo vieron los problemas que afrontó y no tanto las soluciones que aportó, o quizás sencillamente por la irreconciliable hostilidad de las capas aristocráticas y del Senado hacia la persona y la política de este "traidor de clase". Lo cierto es que los historiadores se regodean en consideraciones sobre su círculo de amistades (integrado por filósofos y artistas, pero también por favoritos y prostitutas), donde hallaría morbosa satisfacción el espíritu perezoso, lascivo, afeminado y cruel de este aborrecible emperador, tirano en la corte y cobarde en los campos de batalla. Para esta historiografía (*Historia Augusta*, Eutropio, A. Victor....) sus éxitos se deben al azar o a la valía de sus generales

La crisis del Imperio en tiempos de Galieno

"Pero no mucho después, mientras Valeriano sufría la esclavitud entre los bárbaros, empezó a reinar solo su hijo y gobernó con mayor sensatez. Inmediatamente puso fin, mediante edictos, a la persecución contra nosotros, y ordenó por un rescripto a los que presidían la palabra que libremente ejercieran sus funciones acostumbradas. El rescripto rezaba así:

El emperador César Publio Licinio Galieno Pío Félix Augusto, a Dionisio, Pina, Demetrio y a los demás obispos: he mandado que el beneficio de mi don se extienda por todo el mundo, con el fin de que se evacue los lugares sagrados y por ello también podáis disfrutar de la regla contenida en mi rescripto, de manera que nadie pueda molestaros. Y aquello que podáis recuperar, en la medida de lo posible, hace ya tiempo que lo he concedido. Por lo cual, Aurelio Cirinio, que está al frente de los asuntos supremos, mantendrá cuidadosamente la regla dada por mí.

Quede inserto aquí, para mayor claridad, este rescripto, traducido del latín. Se conserva también del mismo emperador, otra ordenanza que dirigió a otros obispos y en que permite la recuperación de los lugares llamados cementerios".

Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, VII, 13. (Traducción de A. Velasco Delgado).

"Galieno, como si todo estuviese seguro, y su padre ya hubiese sido recuperado, se entregó a los placeres y voluptuosidades. Celebró juegos circenses, escénicos y gimnásticos. Hubo cacerías y luchas de gladiadores. Y como si fueran días de triunfo, Galieno invitaba al pueblo a fiestas y exhibiciones. Muchos se entristecían con la cautividad de su padre, pero él, haciéndole una especie de honor, ya que su padre parecía haber sido engañado precisamente por su gran amor a la virtud, se alegraba sobremanera. Sin embargo, se sabía que no había podido soportar el control paterno y que había deseado fuertemente librarse de aquel yugo que le parecía tan pesado. (...).

Como Galieno persistiese en su relajación y costumbres disolutas, los galos, de quienes es característico no poder soportar a los príncipes ligeros y degenerados que se han apartado de la fortaleza romana, llamaron a Póstumo para que ocupase la suprema dignidad del impero. (..).

Nuevos males vinieron a añadirse a los anteriores. Los escitas habían invadido Bitinia y destrozado sus ciudades. Finalmente, habiéndola incendiado, devastaron gravemente la ciudad de Astaco, que luego se llamó Nicomedia. Por último, como si todo el orbe de la tierra se hubiese dedicado a conspirar, también en Sicilia surgió una guerra de esclavos, más propia de otros tiempos, a cargo de bandas errantes de ladrones. A duras penas se la pudo dominar. (...).

Galieno se burlaba de todas las partes del mundo conforme las iba perdiendo, como si sólo se tratase de asuntos sin importancia. Y para que en sus tiempos no faltase ninguna desgracia, la ciudad de Bizancio, importantísima en la estrategia naval y llave del Ponto, fue de tal manera devastada por los soldados del mismo Galieno, que nadie quedó vivo en ella. (...)

Siendo cónsules Galieno y Saturnino, Odenato, rey de los palmirenses, consiguió el imperio de todo el Oriente principalmente porque con sus eficaces acciones guerreras se declaró digno de los distintivos de tan gran majestad, mientras que Galieno no hacía nada o lo que llevaba a cabo eran sólo hechos voluptuosos, ineficaces o ridículos."

Historia Augusta: *Vida de Galieno*, (Traducción de Balbino García.)

muchos de los cuales fueron usurpadores célebres y mejor considerados que él, en particular Póstumo. Ni siquiera los cristianos supieron agradecer su política tolerante, de pagano convencido, de modo que sólo algunos autores griegos fragmentarios (Dexipo) o tardíos (Zósimo), dan una imagen favorable de este príncipe ilustrado y humanista. Como señala Petit, ya no es el momento de rehabilitar a Galieno, pero sí de devolverle un lugar justo entre los emperadores de su siglo.

Apresurémonos a señalar que a él corresponde el acierto político, a despecho de sus orígenes aristocráticos, de acabar con la fuerte orientación tradicionalista y filosenatorial que Valeriano había marcado a su gobierno, sobre todo por los privilegios fiscales otorgados a los latifundistas (quienes sólo estaban obligados a contribuir con bienes producidos en sus *fundi*) en perjuicio de los restantes sectores sociales, que debieron soportar, para compensar aquellos privilegios, el agravamiento de las cargas tributarias: por aquí también se llega a una explicación "económica" de las persecuciones de Valeriano contra los cristianos, según esbozamos en el capítulo anterior. Ya durante los años de corregencia, Galieno dio pruebas de querer gobernar en Occidente con un estilo y una orientación muy distinta a la sostenida por su padre en la *pars Orientis* del Imperio. Incluso se ha querido ver la mejor confirmación de esta discrepancia a propósito de la captura de Valeriano, ante la que Galieno nunca mostró signo de tristeza ni desde luego preocupaciones por su rescate, cosa que se le reprochará reiteradamente desde entonces. Lo cierto es que fue precisamente en estos años (260-262), cuando llevó a la práctica una serie de reformas cuyo denominador común, según veremos, será su carácter antisenatorial.



El paso del Mar Rojo,
sinagoga de Dura Europos (siglo III)

2. El talante intelectual de Galieno. El cristianismo y los ideales filosóficos

En este contexto se entendió su decisión de poner fin a la persecución contra los cristianos y de llevar la lucha contra éstos a un terreno puramente ideológico, enarbolando las convicciones espirituales propias de los círculos filosóficos y estéticos en que se movía el emperador. En realidad, Galieno es muy consciente de la fuerza adquirida por el cristianismo, sobre todo en la parte oriental, donde, por añadidura, la derrota de Valeriano podía interpretarse como una venganza del dios de los cristianos perseguidos. Este sentimiento amenazaba tener consecuencias nefastas, pues uno de los puntos de máxima fricción entre el Estado y el cristianismo radicaba precisamente en el ejército. En suma, resultaba ya en exceso paradójico e insostenible que una sociedad civil cada vez más cristianizada se hallase sometida a los dictámenes de un Estado y de un emperador visceralmente anticristianos. El fracaso de las persecuciones, con secuelas sociales y militares muy negativas, imponía a todas luces una rectificación. Galieno no tardó en percatarse de ello.

Su tolerancia con los cristianos es tan sólo una manifestación de las tendencias revolucionarias del emperador, que desea apasionadamente vincularse y reconstruir el Imperio humanista, racional y filosófico de los inolvidables emperadores Antoninos. Enamorado de Grecia y Atenas, como lo estuvo Adriano (fue arconte epónimo y se hizo iniciar en los misterios de Eleusis, recuperando así una tradición perdida con los Severos), no cejó en su empeño por mantener un justo equilibrio entre Oriente y Occidente, las dos partes con personalidad cada vez más nítida –y por tanto más distantes– del inmenso Imperio Romano. Pero Galieno no sólo actúa como un helenista motivado por los recuerdos del Imperio filosófico de M. Aurelio, sino también por las ideas neoplatónicas de su tiempo y en particular por las de Plotino, el más ilustre representante de esta corriente filosófica y amigo íntimo de Galieno y de los más importantes personajes de la corte. Son años en que decisivos órganos de poder están en manos de filósofos, sofistas, hierofantes e historiadores como Dexipo, Nicágoras, Longino... Mazarino (1980) ha matizado, sin embargo, que la obra de Galieno no se explica, exclusiva y mecánicamente, por los ideales neoplatónicos que la informaban, ideales que, por lo demás, conocieron también discrepancias internas. En concreto, Galieno se apartó obviamente de las aversiones anticristianas latentes en los esquemas de Plotino (2ª Enéada) así como de sus planteamientos aristocráticos y tradicionalistas, a los que repugnaba que los "gnósticos" (valdría decir también "cristianos") llamasen "hermanos" incluso a los hombres de más baja extracción social o que los considerasen hijos de Dios y destinados a una vida celestial. Por contra, Galieno ofrece la paz al cristianismo, y de alguna manera intuye que la cultura humanista y democrática de los seguidores de Jesús, cultura de vocación práctica (Plotino, recordémoslo, era opuesto a la *praxis*), no dista tanto del camino por el que él mismo ha encauzado su política: también para el emperador sería las élites tradicionalistas y aristocráticas, así como los espíritus pasivamente especulativos, los principales enemigos a batir. Efectivamente, pronto se alzaron contra estos idearios la mentalidad arcaizante y los intereses senatoriales, que de inmediato encontraron un eficaz brazo armado en los generales panonios. Hostilidades y odios que ya brotaron contra Adriano, contra Marco Aurelio; odios que brotarán cien años más tarde contra otro emperador ilustrado: Juliano. Ciertamente, en un tiempo tan brutal y apasionadamente enfrentado, convulsionado por

calamidades y urgencias tan vitales, la figura de un emperador humanista no deja de sernos todavía hoy sorprendente. En realidad, la fascinación recae sobre todos estos años de "anarquía militar" y a la par de refinamientos filosóficos y de sentidos ideales religiosos. Paradojas de una época que se puso por modelo el Imperio humanístico y aristocrático de Marco Aurelio, y creó como contrapunto la férrea monarquía "democrática" del emperador-filósofo Galieno. Es, en todo caso, históricamente injusta la *damnatio memoriae* que sufrió apenas muerto, y que sólo se explica por la animadversión en la que, también paradójicamente, coincidieron plenamente sus más variopintos enemigos políticos, ideológicos y sociales: senadores despechados, rudos y semibárbaros oficiales ilíricos y panonios, cristianos en fin, desagradecidos de la tolerancia recibida de parte de este pagano impar, en el que ellos solamente vieron un enemigo más dentro de la élite neoplatónica de los últimos siglos del Imperio.

3. La amenaza persa sasánida y el Reino de Palmira

En los años 224-226, el vasallo persa de los partos Artajerjes (Ardashir) se hace nombrar "Rey de reyes" y funda la dinastía sasánida, que sería un peligro permanente para Roma hasta finales del s.IV y que gobernaría el Imperio Persa hasta las invasiones árabes del s. VII. La nueva dinastía, que se considera heredera de los Aqueménidas (y de ahí sus pretensiones expansionistas hacia Egipto, Siria y Asia Menor), organiza un poderoso Estado centralizado e ideológicamente cohesionado por la religión oficial mazdea, es decir, por el Zoroastrismo, cuyo libro sagrado era el Avesta. Su hijo y sucesor Sapor (241-272) llevaría este reino a sus mejores momentos de gloria, a lo que contribuyó en buena medida su política tolerante con judíos y cristianos, muy numerosos en Mesopotamia y por lo general hostiles a Roma, sentimiento de antirromanidad que era también compartido por amplios sectores populares y nobiliarios de la *pars Orientis* del Imperio. Sapor protegió el movimiento maniqueo (fundado por Mani) y a imitación de Darío nos dejó el recuerdo de sus hazañas en un célebre texto epigráfico escrito en parto, pahlevi y griego (*Res Gestae divi Saporis*). Tras unos primeros enfrentamientos sin mayor trascendencia, el joven rey concluyó una paz victoriosa con Filipo, pues el emperador debió pagarla con 500.000 denarios y tal vez (ello sólo lo afirman fuentes muy tardías) con algunas concesiones territoriales. En la década siguiente, activó sus incursiones contra el *limes*, saqueando repetidamente diversas ciudades sirias, incluyendo la capital Antioquía, que en el 256 caería definitivamente en su poder, junto a Dura Europos y otros núcleos de similar importancia.

La captura y cautividad de Valeriano, en el año 259 ó 260, marca la cima del poderío persa, pues prácticamente todo el Oriente asiático quedó postrado, como el emperador romano, a los pies de Sapor, quien lejos de llevar la tranquilidad a la zona, se mostró infatigable en el saqueo de campos y ciudades. Esta política prepotente y destructiva fue aprovechada por Odenato, príncipe de Palmira, que, junto a su ambiciosa esposa Zenobia, supo aglutinar a todos los descontentos y encabezar con éxito la resistencia armada contra los sasánidas. En muy poco tiempo, el Reino de Palmira consolidó sus estructuras militares, y sus victorias sobre los persas le garantizaron el control de las rutas comerciales a través del Golfo Pérsico y con Oriente. Odenato logró, además, imponerse a los usurpadores Macriano y Quieto, dos hermanos proclamados emperadores por las tropas romanas de Oriente y partidarios de la política aristocrática (y anticristiana) de Valeriano.

Su derrota debió indudablemente ser recibida con alivio por los cristianos (allí muy numerosos) y por los sectores más dinámicos de la sociedad oriental, que mostraron su apoyo total al victorioso príncipe. De este modo, el bienestar económico y la seguridad trajeron a Palmira una "edad dorada", con amplísima autonomía política, y a su rey Odenato un enorme prestigio, que debió influir en las ideas de "decadencia" (para Roma) tan sentidamente expuestas por Comodiano en su *Carmen apologeticum*. El emperador Galieno ("oficialmente" considerado el vencedor de los persas y que incluso recibió las alabanzas del obispo Dionisio de Alejandría), fue, sin embargo, consciente de las limitaciones de su autoridad, y supo conformarse con la fidelidad de Egipto, indispensable para el avituallamiento de Roma, si bien se optó, a nivel oficial, por guardar las apariencias legales y fingir que la unidad se mantenía, siendo por ello nombrado Odenato *dux Romanorum* y *corrector totius Orientis*. Pero en la práctica, el príncipe de Palmira, que tomó por su cuenta el título de "Rey de reyes" y *persicus maximus*, ejercía un poder soberano sobre las provincias romanas de Cilicia, Siria, Mesopotamia y Arabia. Tal vez fuese el propio Galieno quien intrigó para que Odenato y su hijo mayor fuesen asesinados en el año 267, mas no por ello Palmira cayó de nuevo bajo dominio romano. Por el contrario, asesinado poco después este emperador, el Imperio Romano vuelve a replegarse en luchas internas, facilitando así el fortalecimiento y expansión de Palmira, gobernada ahora por la mítica Zenobia.

4. La amenaza germánica y el Imperio Galo de Póstumo

Los godos o germanos orientales, afincados originariamente en la región de Gotlandia (Países Nórdicos), comenzaron a desplazarse hacia el SE europeo a inicios de nuestra era, impulsados seguramente por la superpoblación y el hambre, y sobre el año 230 ya los encontramos asentados en torno al Mar Negro, entrando en contacto con el Imperio en la provincia de Dacia. La política desigual seguida con estas *gentes externae* por Gordiano III y Filipo, ya la comentamos en el capítulo anterior. Recordemos aquí que Decio, en lucha contra ellos, fue proclamado emperador sólo unos años antes de morir en combate contra este pueblo de vocación seminómada, al que Aureliano optó, en 271, por ceder toda la Dacia. Los decenios centrales del s.III son, pues, un período de expansión militar de los godos, que desarrollan una terrorífica actividad pirática por todo el Mar Egeo y las provincias romanas orientales, de Mesia a Cilicia. Fue también entonces cuando se produjo su división en dos grandes grupos, ostrogodos y visigodos, debido a diferencias étnicas ancestrales y a conflictos internos. Pero se mantuvo la unidad lingüística y el sentimiento de pertenecer a una familia común, lo que propició el trasiego humano de un grupo a otro. La decisión tomada por Aureliano de cederles Dacia fue acertada, pues durante un siglo estos aguerridos vecinos del Imperio no ocasionaron problemas de relieve a Roma, proporcionándole en cambio abundantes reclutas para su ejército. Por cierto que la actual lengua rumana tiene sus raíces en el latín de los colonos romanos que permanecieron en aquellas regiones. Por otra parte, las numerosas ciudades que antaño fueron asoladas, tanto en Europa como en Asia Menor (en Atenas destacó la defensa organizada por el historiador Dexipo), comenzaron a recuperarse, y el Estado romano pudo a su vez concentrar sus fuerzas en otros frentes.

Visto desde el lado bárbaro, no podemos por menos que apreciar la importancia excepcional de los pueblos

godos en la historia de estos siglos turbulentos: ellos fueron los únicos que atravesaron el Imperio de parte a parte, y los primeros en fundar estados duraderos donde se fraguan las primeras síntesis de elementos germánicos y latinos en una cultura realmente autónoma. Todo ello les permitirá asumir de algún modo la dirección del mundo bárbaro y gozar de un prestigio legendario que ha dejado su huella en una milenaria tradición épica. La temprana simbiosis del germanismo y la romanidad parece anunciar la arraigada tendencia de la vieja Europa a incorporar, adaptándolo a sus propias dimensiones, lo que, pacífica o violentamente, le llega del exterior. Quizás sea precisamente esto lo que diferencia la civilización de las culturas primitivas, en que han quedado confinados tantos "bárbaros" de los siglos pasados y presentes.

Las luchas contra los germanos, en particular las protagonizadas por Galieno, habían mostrado la imposibilidad, a pesar de algunos éxitos aislados, de rechazarlos militarmente, circunstancia que sirvió –en cambio– de pretexto a diversos generales romanos para usurpar el poder, lo cual, lógicamente, debilitaba aún más la defensa del *limes*. Por razones de carácter estratégico y social, estas amenazas se cumplieron plenamente en Occidente, donde las invasiones bárbaras habían causado más estragos que en Oriente, alcanzando su mayor incidencia desde mediados del s. III hasta el año 280. Entre los más activos germanos occidentales, cabe destacar a los alamanes en el Danubio y los francos en el Rin, quienes supieron aprovechar la debilidad del Estado romano y el desánimo producido tras la captura de Valeriano, para desbordar las fronteras por varios puntos, llegando en sus incursiones hasta Hispania y el Norte de Italia. Las escasas y maltrechas fuerzas del Estado hubieron de emplearse entonces en una desesperada defensa del Imperio, cuya decadencia, ahora más que nunca, parecía confundirse con el principio del fin.

En situación tan dramática se produce (y se explica) la proclamación de Póstumo, general de Galieno, por los ejércitos del Rin, y la consiguiente fundación del *imperium Galliarum*, cuya principal misión sería la expulsión de los invasores francos, que en estos años habían multiplicado sus incursiones devastadoras por tierra y mar, llegando a pasar el Estrecho de Gibraltar, hasta la actual Alicante. Roma, que sufre en estas fechas la mayor catástrofe de su historia, no podía sino reconocer formalmente a Póstumo (260-268/9) como emperador de esta parte occidental del Imperio, pero la oportunidad y acierto de esta insólita decisión se hizo patente en los inmediatos éxitos frente a los germanos, en la eficaz reorganización de la defensa de las Galias y en el saneamiento de las emisiones monetarias y de las restantes actividades económicas. Así pues, la paz volvió a la Galia y también a Bretaña y a Hispania, cuyas provincias habían reconocido su autoridad, con la excepción de nuestra Bética, que se mantuvo fiel al poder central. En los años 264-267, ante la impotencia de Galieno, Póstumo crea su propio Senado y cohortes pretorianas, haciéndose nombrar cónsul del naciente Estado, cuya capitalidad quedó fijada en Tréveris. Sus éxitos eran alas para sus ambiciones, basadas siempre –no lo olvidemos– en una sólida estructura socioeconómica y en la evidencia de que la defensa de la Galia, como la de tantas otras regiones, debía ser asumida por sus propios habitantes, si es que se quería sobrevivir a los terroríficos asaltos de los bárbaros y de los no menos peligrosos *latrones* del interior. Consecuentemente, no dudó mucho en considerarse prácticamente como el único emperador legítimo, proclamándose, según rezan las leyendas de sus excelentes acuñaciones de oro, *restitutor orbis*, *Hércules romanus*, protector de *Roma aeterna* e

incluso *Oriens Augusti*. Paradójicamente, también él fue víctima del caos romano, pues en la cúspide de su gloria, no pudo evitar el descontento de sus tropas cuando incorporó al ejército elementos bárbaros con vistas a un enfrentamiento definitivo contra Galieno. Tras asesinarlo, aquellas se entregaron a un pillaje incontrolado que se cebó, significativamente, en el sur de la Galia, zona civil y muy romanizada que había permanecido fiel a los emperadores legítimos de Roma y que desde hacía años se enfrentaba a la Galia del NE, región ésta poco romanizada y cantera de las legiones ger-



Escena de la loba que amamanta a los dos gemelos
(siglo III)

mánicas que proclamaron y apoyaron a Póstumo y a sus efímeros sucesores.

Así pues, tras un proceso caótico y complejo, el Imperio se configura en tres grandes regiones (Oriente, Galia , Italia-Iliria), de las que Galieno sólo controlaba directa y realmente la tercera. Aunque en todas partes se mantiene nominalmente el sentimiento político de la *Roma aeterna*, la ruptura de la unidad era ya un hecho consumado, que incitaba además las ambiciones de nuevos usurpadores. De ahí que sea abrumador el número de "tiranos" (según el calificativo de la literatura tradicional) que en estas fechas protagonizan conspiraciones y golpes de fuerza con un grado desigual de fortuna, pero siempre motivados, sincera o cínicamente, por los ideales y la veneración de la "romanidad". Por lo demás, las invasiones de los bárbaros (que ya habían costado a Roma importantes pérdidas territoriales) y la evidencia de que el Estado no podía garantizar una defensa eficaz, ha generalizado el temor y la inseguridad entre los ciudadanos, pero también las tendencias a la autoprotección y hacia formas de vida cerradas o rígidamente autárquicas, a niveles cada vez más restringidos. Sin duda, esta era también una muy fundamental "condición objetiva" para los pronunciamientos y veleidades autonomistas de los más ambiciosos oficiales del ejército romano. En pocas palabras, la ruptura de la unidad imperial y la inseguridad generalizada se habían convertido en males endémicos que amenazaban derrumbar para siempre las estructuras políticas y sociales del Estado.

El emperador Galieno debió sopesar fríamente estos peligros y decidió afrontarlos en su raíz, propiciando una revolucionaria transformación y renovamiento del decrépito organismo imperial, que afectaría no sólo a sus aparatos burocrático-administrativos, sino también a los económicos y militares.

5. Los presupuestos augústeos del Principado y las reformas militares de Galieno

La defensa del Imperio se inspiraba, constitucional y estratégicamente, en criterios augústeos, de eficacia probada en los dos primeros siglos de nuestra era, en los que apenas se hicieron necesarias algunas reformas puntuales y de detalle. Desde el punto de vista estratégico, todo consistía (con la excepción de las guarniciones de seguridad asentadas en Roma y una legión en el Lacio) en una precaria cobertura de las fronteras (*limes*), prácticamente reducida a un largo cordón defensivo sin retaguardias internas, por lo que, una vez roto, dejaba campos y ciudades del Imperio, en particular de las provincias limítrofes, a merced de las ordas invasoras. El sistema mostró su validez en tanto que los ataques exteriores fueron aislados o se concentraron en un solo lugar, permitiendo el reagrupamiento de las legiones desplegadas a lo largo de la frontera. Pero la situación cambia en el s.III, época en que los asaltos bárbaros se recrudecen y exigen la defensa simultánea de frentes variados y lejanos: Rin, Danubio, Mar Negro, Asia Menor, Mesopotamia, Norte de Africa... Cada vez más frecuentemente, como aconteció en los años 253, 254, 259 ó 260, se abrieron brechas por doquier y los enemigos (germanos y persas en particular) penetraron sin encontrar resistencia hasta las provincias interiores del Imperio, ocuparon las más populosas ciudades, saquearon todos los territorios a su paso y pusieron incluso en peligro Italia y la propia Roma. En cierto modo, podemos afirmar que lo militar marcó el pulso de la crisis y en los años cruciales reveló el carácter dramático de la misma, poniendo de relieve la naturaleza caduca de un Imperio al que profetas y dioses habían anunciado la inmortalidad.

Desde el punto de vista constitucional, los ejércitos se conciben como organismos cívicos, integrados por ciudadanos romanos y organizados en legiones de infantería bajo el mando de un legado senatorial de rango pretorio. Se trata, por tanto, de una concepción oligárquica, arraigada en el remoto pasado republicano, donde los máximos poderes, el *imperium*, aparecen dotados de indisolubles atribuciones militares y civiles, vigentes *domi militiaeque* , tanto en la guerra como en la paz. Estos privilegios senatoriales sólo están limitados por las competencias burocráticas y militares confiadas al orden ecuestre, en especial el gobierno de Egipto (clave para el control de Oriente y el abastecimiento alimenticio de Roma) y la prefectura del pretorio (clave de la seguridad imperial). El correcto funcionamiento de este compromiso entre lo cívico y lo militar, entre la burocracia y las magistraturas, era la esencia del *optimus status* elaborado por Augusto, y la condición *sine que non* para la continuidad histórica de la *Roma aeterna*. Y fue precisamente ese compromiso lo que se rompió reiteradamente durante la "anarquía militar", cuando innumerables rebeliones militares de senadores y caballeros echaron por tierra la ya ilusoria coexistencia de un Estado de burócratas ecuestres y de magistrados senatoriales.

Sin embargo, conviene no caer en la "retórica del cambio" (Brown, 1984) con que habitualmente se contempla la crisis del s.III. Recordemos que a partir del s.II se producen modificaciones que ilustran una clara tendencia evolutiva, en línea con las transformaciones de la tercera centuria. Sirvan como ejemplos las unidades militares (*numeri*) creadas por Adriano, integradas y equipadas por bárbaros, y que bajo la dirección de un romano cumplían misiones de apoyo a las guarniciones clásicas; o la aparición a fines del s.II o inicios del s.III, de los primero contingentes de caballería con jinete y caballo protegidos con cota de mallas; y sobre todo, la frecuencia, en estas mismas fechas, de carreras senatoriales con cargos exclusivamente civiles, es decir, que de algún modo habían renunciado a ejercer funciones militares, mientras que, por el contrario, algunos miembros del orden ecuestre aparecen al frente de determinadas legiones. A pesar de todo, fue Galieno quien se decidió a transformar en profundidad estos esquemas militares, en vista de los peligros ya señalados en que por entonces naufraga el Imperio Romano. Y tal vez sin la candidez idealista expuesta por Mazzarino (1980), que ve en estas reformas la obra de un emperador motivado por su profundo amor al Estado, de un filósofo que sacrifica sus preferencias y tradiciones aristocráticas en el cumplimiento patriótico de su deber. En esencia, la reforma militar se explica en relación con la crítica situación económica, y afectó a los aspectos estratégicos y constitucionales que definían el Principado desde los tiempos de Augusto.

5.1. Cambios estratégicos y desarrollo de la caballería

Para mejorar la defensa de las fronteras, se asentaron destacamentos legionarios (*vexillationes*) en ciudades fortificadas del interior (Milán, Aquilea, Sirmium, Verona.....), constituyéndose así una serie de unidades que hoy llamaríamos "de intervención inmediata" y cuya misión era actuar allí donde el *limes* (acortado en la región renano-danubiana, tras el abandono de los Campos Decumanos) fuese atacado. Este planteamiento estratégico estaría en pleno vigor durante el siglo siguiente y, al margen de sus efectos militares, tendría consecuencias nefastas para las provincias fronterizas, a cuya decadencia contribuyó, pues a las devastaciones de los pueblos invasores

se añaden ahora las provocadas por los contraataques de los destacamentos imperiales. En cambio atrajo la instalación en aquellas ciudades-fortalezas de los más activos e importantes talleres monetarios, para facilitar la paga de los soldados que tenían en ellas sus acuartelamientos. El desplazamiento de los centros defensivos y de la consiguiente actividad política y económica no tardaría en eclipsar a la vieja Roma, que replegada tras los muros aurelianos aguardará al próximo triunfo de la Cristiandad para revivir momentos de gloria como ciudad-guía espiritual de la nueva humanidad.

Una medida de más relieve sería la organización y desarrollo de la caballería, cuyas unidades especializadas (lanceros, arqueros y sobre todo los famosos "catafractarios") obtendrían tempranos éxitos frente a los persas. Milán fue el centro principal, en Occidente, de este nuevo y privilegiado cuerpo militar, cuyos comandantes supremos (los *magistri equitum* del s.IV) gozaron de un prestigio y poder similar al de los prefectos del pretorio, y en ocasiones se sirvieron de él para usurpar violentamente el trono imperial, cual fue el caso de Claudio, Aureliano y Probo. La importancia creciente del elemento militar se traduce también en la configuración definitiva, ba-



Triunfo de Mardoqueo, sinagoga de Dura Europos (siglo III)

jo Galieno, de una especie de Estado Mayor integrado por personajes relevantes de la vida pública (*protectores divini lateris*) , que constituirán unidades de élite responsabilizadas de la seguridad del emperador en el campo de batalla. Su propia denominación anuncia un principio de divinización imperial, a la manera helenística, que se hará realidad en los siglos siguientes.

5.2. Los cambios constitucionales: la supresión de los *legati legionis*

Todavía en estos años el reclutamiento de las tropas sigue realizándose según la peligrosa tradición iniciada en el siglo anterior: junto al campesinado semilibre de procedencia mayoritariamente ilírica, se acrecientan los contingentes bárbaros, incluso en zonas tan vitales como el *limes* renano o danubiano, dándose el caso de líneas fronterizas defendidas exclusivamente por tribus germanas enroladas en bloque con sus respectivos jefes a la cabeza. Se comprende así que los términos latinos *miles* y *barbarus* acaben por ser sinónimos, y que la temática de la barbarización y degradación social del ejército (palmariamente ilustrada por el meteórico encumbramiento de Maximino) se convierta pronto en lugar recurrente de la literatura de la época. En todo caso, conviene recordar que la eficacia defensiva de estas tribus era por lo general superior a la del mercenariado tradicional, y su fidelidad al Imperio tampoco desmerecía en mucho a la de los *coloni* romanos que eran enrolados en el ejército, a veces envejecidos y enfermos, como pago en especie de las cargas tributarias de sus amos.

Yo no sé hasta qué punto la insolidaridad y dudoso patriotismo de las clases superiores, unido a las consideraciones constitucionales antes apuntadas, explican la más trascendental y célebre reforma de Galieno, consistente, según palabras de A. Víctor (*Caes.* 33,34), en prohibir a los senadores la carrera militar y el acceso al ejército: *senatum militia vetuit et adire exercitum.* En consecuencia, el orden ecuestre asume todas las responsabilidades militares, desde el grado de centurión hasta las máximas jefaturas de infantería y caballería, mientras que el orden senatorial quedará relegado –y resentido– en funciones exclusivamente civiles. La medida, sin duda cierta aunque no nos ha llegado el edicto imperial al respecto, debió conmover a la sociedad romana en grado mayor de lo que quizás hoy podamos imaginar, pues suponía romper bruscamente con la secular tradición constitucional que unía en las magistraturas los poderes civiles y militares: a partir de ahora, en el *cursus honorum* de los hombres bien nacidos no podrían ya conjugarse los honores civiles del magistrado con los poderes militares del *legatus legionis.* Se ha pretendido ver en esta ley una prevención contra las usurpaciones (más fáciles si la conspiración militar tiene la “legitimidad” senatorial), pero es más probable que se tratase sencillamente de una medida realista, con pretensiones más amplias y sin duda más patrióticas. Prueba de ello es que los gobernadores senatoriales de provincias importantes mantuvieron el mando sobre las legiones allí acantonadas. Si Galieno hubiese deseado asestar un duro golpe al orden senatorial, no habría tenido más remedio que separar completamente la carrera civil de la militar, cosa que no hizo tal vez por estimarla prematura e innecesaria o por temor a una fuerte reacción aristocrática, como las habidas en tiempos de Maximino y Filipo. Lo cierto es que muchos senadores siguieron teniendo en las provincias un mando militar directo, y la epigrafía confirma expresamente la existencia de legados senatoriales (*legati Augusti pro praetore*) hasta tiempos de Diocleciano: provincias imperiales tan importantes como Bretaña, Mesia Inferior, Celesi-

ria o nuestra Tarraconensis estuvieron regidas por estos legados ininterrumpidamente. Y otro tanto cabe decir de importantes provincias senatoriales, como Africa, Asia o Bética. Sin embargo, también la epigrafía constata que a partir de Galieno se incrementa el número de gobernadores provinciales del orden ecuestre. Hasta ahora, los *praesides* ecuestres sólo dirigían provincias menores y sin fuerzas militares (las llamadas provincias procuratorias), si bien ocasionalmente algunos emperadores los habían nombrado gobernadores de manera interina (*vice praesidis*), pero nunca con el rango de *legatus*, exclusivo de los senadores: el carácter interino y el propio título salvaguardaban, pues, la legalidad constitucional. Pero Galieno se servirá con tal profusión de estas "vicarías", que el título de *praeses* acabará siendo el normal para designar a todo gobernador provincial.

Podemos afirmar, en síntesis, que se aprecia una transformación social y política de los ejércitos, que adelanta, como en tantos otros aspectos, las grandes reformas de Diocleciano, y gracias a la cual el orden ecuestre se aproxima y asimila al senatorial, sobrepasándolo incluso en la esfera militar como ya lo había sobrepasado en el terreno financiero. Es sólo una pequeña paradoja histórica que las contradicciones entre los dos *ordines* superiores romanos, recrudecidas por las alternativas políticas de los diversos soberanos, se resolviesen a la postre con la derrota del Senado, debido precisamente a la voluntad reformadora del más noble de los emperadores del siglo. Aunque nosotros veamos en ello un proceder realista y patriótico, los cronistas filosenatoriales de la época nunca se lo perdonarían.

6. La crisis monetaria y sus consecuencias

El aspecto monetario de la crisis del s. III es uno de los mejor conocidos, gracias a los abundantes tesoros y piezas numismáticas que han llegado hasta nosotros, así como por las ilustrativas referencias sobre precios y condiciones de intercambio que aparecen en los documentos literarios y papirológicos. Como punto de partida para comprender el marasmo monetario de la época podemos fijar la creación, bajo Caracalla, de una nueva moneda, el *antoninianus*, que pesaba unos 5 g, contenía un 46% de plata y cuyo valor nominal pudo ser el doble del ya demasiado desacreditado denario, al que en la práctica vino a sustituir. La estabilidad y los controles estatales hacen pensar que el nivel de inflación no era todavía preocupante. Y sin embargo, estaba a punto de producirse, en palabras de De Martino, "una verdadera catástrofe, que encuentra expresión en la fuerte devaluación de Galieno y en la escalada de los precios, que aumentan en un 800%". En efecto, los índices inflacionistas, rigurosamente atestiguados, hablan por sí solos de la profundidad del descalabro económico. Con Galieno el peso del denario queda reducido a 2 g, con una ley del 84%, mientras que el *antoninianus* experimenta una pérdida de peso y ley aún más alarmante: reducido de 5,02 g a 2,52 g, su ley desciende al 100% en el año 260 y al 24% en el 268, es decir, con sólo 0,06 g de metal noble (algunas piezas, todavía más envilecidas, contienen cantidades ridiculísimas, de hasta 0,19 y 0,08 g). A tenor de estas cifras no parece desacertado considerar el *antoninianus* como una moneda fiduciaria a la que difícilmente se le puede llamar "de plata", cuando en realidad era un trozo de cobre levísimamente plateado. Para mayor desidia monetaria, incluso el cobre fue frecuentemente sustituido por cinc o plomo, cuya inapreciable película de plata desaparece en los primeros contactos de su puesta en circulación. Esta espectacular inflación y el incremento de los presupuestos militares explican la multipli-

cación de talleres monetarios, ubicados generalmente en las ciudades-fortalezas situadas cerca de las fronteras y cuyas voluminosas emisiones se destinaban a la paga de los soldados. Pero en su aspecto exterior, apenas se podía ya distinguir entre las monedas imperiales de "plata" (¿) y las de bronce, y dado que el contenido metálico de éstas sí se mantuvo constante, de hecho el valor intrínseco de unas y otras se igualó o incluso basculó....¡en favor de las de bronce!, cuyas acuñaciones cesan prácticamente a fines del reinado de Galieno y son sustituidas por los *antoniniani*, si bien el sestercio se mantuvo como unidad de cuenta: aunque se ha visto aquí una nueva medida antisenatorial de Galieno, arrebatándole al Senado la prerrogativa de acuñar monedas de bronce, es probable que ya desde Augusto el emperador hubiera asumido también esa competencia, en cuyo caso las siglas S.C. (*Senatus Consulto*) grabadas en esas piezas carecerían prácticamente de significado.

Las causas de la brutal depreciación monetaria acaecida en estos años son de muy diverso tipo, desde la escasez de metal disponible hasta los quebrantos sufridos en los principales sectores de la economía. Recordemos que las disponibilidades de metal se vieron mermadas no sólo por el desequilibrado intercambio con el exterior, sino también por el descenso productivo de algunas minas, la inseguridad de los transportes y la pérdida de regiones ricas en minerales, como Dacia, amén de las incursiones bárbaras sobre otras o la práctica independencia durante largos años de los reinos de Póstumo en la Galia y el de Palmira en Oriente. También la tesaurización contribuyó a disminuir la masa monetaria en circulación, sobre todo de las buenas monedas, que como siempre, eran desplazadas por las malas según la conocida ley Gresham. Callu llega a contabilizar unos 2000 tesoros de estas fechas, de los que más de 580 pertenecen a los años 253-268, y que por razones diversas ya no volverían a la circulación. Los emperadores no cejaron en su empeño de buscar soluciones, como vemos en los desesperados intentos de Galieno por revalorizar sus piezas o en las más drásticas medidas tomadas posteriormente por Aureliano. Pero una vez más, antes del s.IV apenas se lograrán resultados satisfactorios. La depreciación y la inflación provocaron una subida vertiginosa de los precios. En Egipto, donde la documentación papirológica informa de aspectos muy particulares, se sabe que una misma cantidad de trigo valía cuatro denarios en el año 250 y cincuenta denarios en el 276. En esta situación se tiende a la especulación, procurando almacenar los productos en lugar de venderlos, y la posesión de tierras se convierte en el mejor exponente de riqueza, en detrimento del numerario que, cuando era bueno, solía tesaurizarse. La economía monetaria fue desplazada por la economía natural, el comercio por la autarquía, y a mediados del s.III el propio Estado generaliza los impuestos en especie y el pago en especie a sus funcionarios civiles y militares.

Todas las transformaciones aparecen íntimamente conexionadas, como podemos ver en la evolución de las formas retributivas del ejército y en sus implicaciones socio-políticas y fiscales. Los legionarios recibían un *stipendium* anual de aproximadamente 600 denarios, de los que se descontaban los alimentos en tiempos o zonas de paz. En caso de guerra, el Estado costeaba también la alimentación (*annona*), mediante requisas realizadas en las zonas por donde pasaban o luchaban los ejércitos, indemnizándose a los legítimos propietarios. Dado que durante estos años el estado de guerra se hizo permanente, otro tanto vino a ocurrir con la *annona*, por lo cual las requisas dejan de ser indemnizadas para convertirse en un impuesto general desde los tiempos de Aureliano.

Vemos, pues, cómo la crisis monetaria (y todo lo que la explica), al provocar la reticencia de los agricultores a vender sus productos al Estado, ha conducido a una reforma del sistema fiscal, que se acompañó de una considerable ampliación del pago en especie de otros impuestos provinciales, como el *tributum soli* (sobre la tierra) y el *tributum capitis* (sobre las personas). Pero además, estos dos últimos tributos, originariamente destinados al aprovisionamiento de Roma (especie de *annona* civil), servirán también ahora para el avituallamiento de los ejércitos. De este modo, la *annona* se convirtió en el más importante y generalizado de los impuestos, que gravaba tanto las tierras como las personas, y que se satisfacía anualmente en las más diversas especies, sobre todo en trigo y carne. Todo ello exigió, a su vez, profundas transformaciones en el aparato administrativo central, provincial y local. Se hizo necesaria la disposición de una tupida red de silos y almacenes



Retrato del emperador Galieno.
Gliptoteca de Carlsberg, Copenhague

para conservar los productos recaudados, y para el transporte y distribución se recurrió a los servicios de navicularios y transportistas, cuyas corporaciones (*collegia*) fueron prácticamente nacionalizadas o puestas bajo estrecha dependencia de las necesidades y de las autoridades imperiales. El Estado, que no disponía de una maquinaria burocrática capaz de controlar tan amplias y variadas operaciones, y que tampoco podía prescindir de la *annona* ni permitir fraudes generalizados, debió recurrir a las autoridades locales, a las Curias, para el control y recaudación de los impuestos: la pesada responsabilidad que recayó sobre éstas explica el rechazo o la huida masiva de curiales, de modo que el Estado optó por hacer estos cargos obligatorios primero y hereditarios después. Las clases dominantes municipales, que constituían uno de los más firmes pilares del régimen y del Imperio, fueron así degradadas y convertidas en un engranaje más del monstruoso aparato fiscal romano. Las dificultades con que se encontrarían en esta nueva función, dada la pobreza de los *humiliores* y la prepotencia e insolidaridad de los poderosos, hacen explicable la desaparición histórica de estas oligarquías locales, que acabarían engrosando la masa de desposeidos de las ciudades o de los que buscaban protección en las grandes haciendas rurales, donde se producía y se vivía al abrigo de las requisas y de los agentes imperiales.



Ciudades en decadencia

IV. Los emperadores ilíricos (268-285). La defensa y restauración del Estado romano

A Galieno le sucederán una serie de emperadores de muy modesto origen social, procedentes de la región de Iliria, y que lograrán acceder al poder supremo tras recorrer una brillante carrera militar. En palabras de L. Homo, "son, ante todo, soldados fanáticos de Roma y de su grandeza, ajenos a los refinamientos y delicadezas de la civilización romana. Todos tendrán por programa el restablecimiento del Imperio y la consolidación del poder imperial". En realidad, la obra de estos emperadores, que prosiguen las reformas de Galieno, culminará bajo Diocleciano, quien, proclamado emperador a finales del 284, llevará a cabo una reorganización profunda de los aparatos del Estado y del ordenamiento financiero (siempre en línea con la política trazada en los últimos decenios), que vino a suponer, históricamente hablando, el inicio de una nueva época o, si se prefiere, el final del viejo mundo que denominamos Principado, con su economía basada en el denario, en las oligarquías urbanas y en los ideales filosóficos y religiosos del paganismo.

1. La renovación de los ideales monárquicos y la historiografía pagana

El ideal político de estos gobernantes fue, en esencia, la restauración de un Imperio unitario y la recuperación de la *concordia* interna, y a ello se propusieron arribar siguiendo dos vías paralelas: religiosa una, el *Sol invictus* por el que sentirán profunda veneración y cuyo culto se vio propiciado por la amplia difusión del mitraismo en los ejércitos así como de diversos cultos solares en varias zonas del Imperio (en particular Oriente y Panonia); político-militar la otra, el ejercicio del poder con un difuso sentimiento democrático y popular, concediendo gran iniciativa a los soldados y procurando siempre atender las necesidades sociales de los más débiles, los *humiliores*. A este respecto, Mazzarino (1980) habla incluso de una crisis del concepto jurídico tradicional por el que se aplicaban las penas en función de la categoría social (*pro qualitate personarum*), lo cual preludia desarro-

llos típicos del Bajo Imperio. Los resultados obtenidos no pudieron ser más satisfactorios. Con una utilización acertada de sus escasos medios, conseguirán por fin la reunificación del Imperio, incorporando política y militarmente las provincias dependientes del Reino de Palmira en Oriente así como el *imperium Galliarum* de Occidente. El ímpetu unificador alcanzó las esferas religiosas (incluyendo las cristianas) y al desarrollo del sincretismo solar se unió la difundida creencia, no sólo propagandística del Estado, de que la autoridad imperial procede de dios y goza, por tanto, de la protección divina. La literatura laudatoria insistirá en estos y otros tópicos similares, prefigurándose de este modo un tipo modélico de emperador, adornado de virtudes y poderes hereditarios, que se parece mucho a las monarquías helenísticas en donde claramente se encuentran la inspiración y los modelos originarios: sirva de ejemplo la idea de monarca salvador, a cuya vista o ante cuyas estatuas se recibe protección y asilo, o su labor justiciera y filantrópica que protege a los débiles de la soberbia y desmesura de los poderosos. Como señaló Alföldi (1938), es una asombrosa paradoja que esta extremada exaltación del emperador se produzca precisamente ahora, cuando la inestabilidad política y militar habían hecho peligrar la propia supervivencia del Estado. Las influencias orientalizantes (diademas, protocolos, títulos y símbolos, etc.) y el carácter fuertemente militar y monárquico del poder se exteriorizan, con espectacularidad y grandilocuencia, en ceremoniales y triunfos que contrastan ciertamente con la debilidad material de tantos emperadores efímeros: botón de muestra pudiera ser la fastuosidad del milenario de Roma celebrado en el 248, o la *decennalia* de Galieno en el 262, o los triunfos extraordinarios de Aureliano y Probo en los años 274 y 281 respectivamente. Las monedas realzan también estos poderes semidivinos, invocando en sus leyendas a la *Providentia deorum*, mientras que la corona radiada de los *antoniniani* evoca al dios solar y su protección sobre el Imperio.

En la práctica estos ideales y pretensiones debieron confrontarse con una durísima política fiscal (que golpeó fatalmente a las curias municipales y a las capas medias y bajas de la sociedad) y con un reforzamiento del protagonismo de los ejércitos en las aclamaciones imperiales : aunque todo emperador pretenda consagrarse religiosamente como *deus et dominus natus*, ninguno escapará a la brutal realidad de aquel protagonismo, de la *militaris potentia* que los llevó a todos al poder y a varios a la muerte, como fue el caso de Aureliano y Probo, asesinados por sus tropas

Claudio II

"Combatióse en territorio de Mesia y se libraron también muchas batallas cerca de Marcianópolis. Muchos enemigos perecieron al hundirse sus embarcaciones, muchos reyes fueron capturados. También fueron hechas prisioneras las mujeres de las mejores familias de aquellos diversos pueblos. Las provincias romanas quedaron abastecidas con abundancia de esclavos bárbaros y de agricultores escitas. El hombre godo pasó a ser colono de las fronteras extranjeras y no existió ninguna provincia romana que no poseyese siervos godos como ornamentos propios de su triunfo. ¿Vieron acaso nuestros antepasados bueyes de mayor tamaño que los empleados por los bárbaros? ¿Y qué diremos de las ovejas o de las yeguas celtas tan famosas?. Todo esto se debe a las gloriosas hazañas de Claudio. Claudio devolvió la seguridad a la nación y le proporcionó inmensas riquezas. También se luchó cerca de Bizancio y aquellos bizantinos que habían sobrevivido demostraron un gran valor en esta ocasión."

Historia Augusta, *Vida de Claudio,* IX. (Traducción de Balbino García).

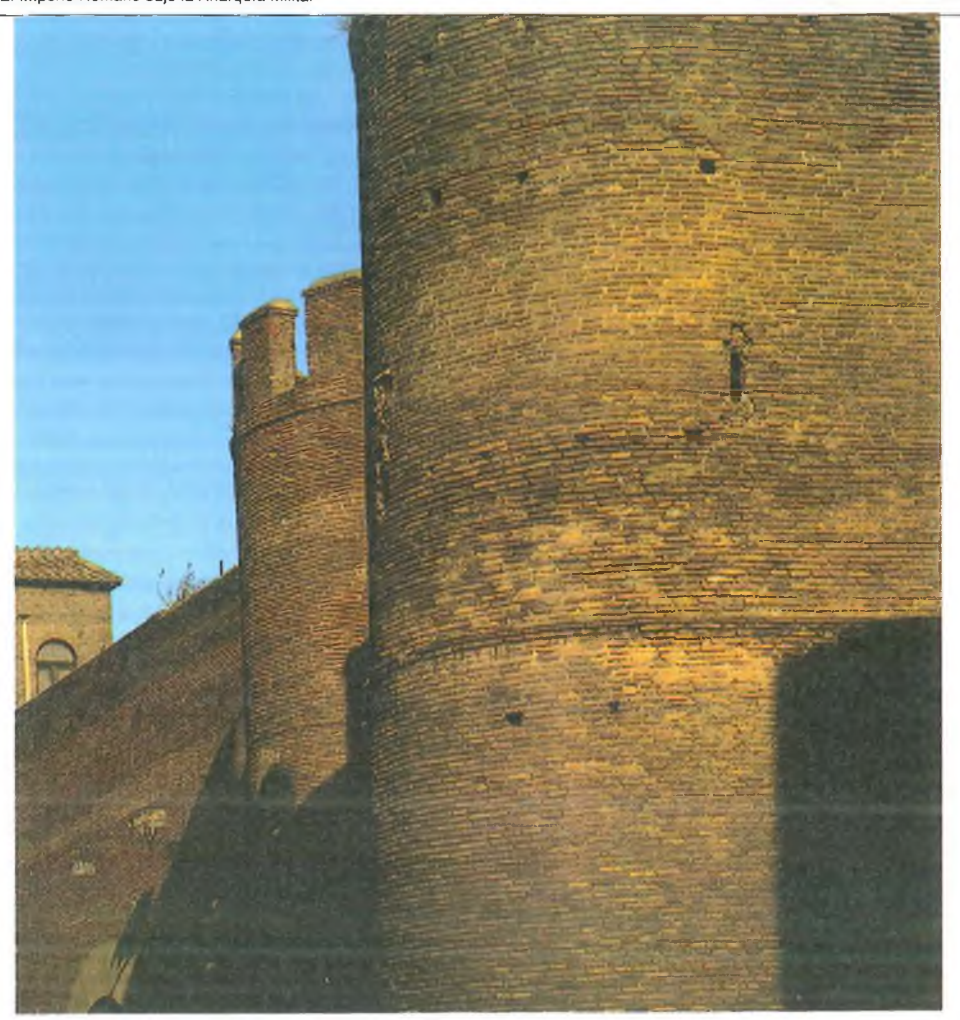
La tradición literaria e historiográfica filosenatorial fue, en este tiempo de paradojas, muy favorable a los emperadores ilíricos, a pesar de sus orígenes frecuentemente oscuros y de su poder fundado en la *militaris potentia*. Esta literatura no tuvo empacho en ocultar aspectos obviamente negativos de sus reinados y ni siquiera se puso a reparar que lo más sustantivo de su política sólo era una continuación de las reformas de Galieno, el emperador más odiado por el *ordo* senatorial. Este sorprendente hecho podría explicarse por tres razones. En primer lugar, porque todos los reproches aristocráticos recayeron sobre Galieno, al que se consideró que había traicionado los ideales y los intereses de su propio *ordo*. En cambio los "restauradores" ilíricos aparecían como meros continuadores de su obra y defensores eficaces y convencidos de los valores y de la unidad imperial. En segundo lugar, porque ellos eran (tras la cristianización oficial del imperio a partir de Constantino) la última referencia histórica del Estado pagano, y en esta ideologizante perspectiva carismática se hubo de correr un tupido velo sobre los múltiples aspectos antisenatoriales de su política. En fin , porque sus medidas monetarias y fiscales, basadas en la defensa del denario y en consecuencia de los sectores más dinámicos de la vida económica romana, también se recuerdan como un rasgo de los "buenos tiempos" del Imperio, perdidos definitivamente tras el triunfo de la moneda de oro y de la religión cristiana.

2. Claudio II el Gótico (268-270)

Un buen ejemplo de cuanto acabamos de exponer es el tratamiento que la *HA* da al reinado del primero de los emperadores ilíricos, Claudio, considerándolo *vir sanctus* y *restitutor imperii*. Pero la verdad es que sabemos poco sobre su breve reinado. Contó con las simpatías del pueblo y recibió el sobrenombre de *Góthious Maximus* por su aplastante victoria sobre los godos que se habían sublevado en los Balcanes y ocuparon otra vez Atenas en el 269. Muchos sobrevivientes bárbaros fueron alistados en el ejército romano. Sin embargo, nada pudo hacer ante el reforzamiento de la influencia de Zenobia, regente enérgica y altiva de Palmira, sobre Oriente; ni tampoco logró someter al *imperium Galliarum*: aunque le arrebató la Península Ibérica y la Galia Narbonense, la mayor parte siguió bajo el dominio del usurpador Victorino(sucesor de Póstumo), y con creciente dependencia de los ciudadanos celto-romanos que animados también de reivindicaciones sociales darán origen al movimiento de los *Bacaudae* (=luchadores) y llegarán a tener una gran actividad guerrillera y política en los decenios y siglos siguientes.

3. Aureliano (270-275). La provincialización de Italia y las iniciativas sociales

A inicios del 270 murió de la peste Claudio y fue proclamado emperador por los soldados Aureliano. Como el recién fallecido, también éste era de origen ilírico y comandante de la poderosa caballería, lo cual viene a corroborar la vocación y las urgencias militares que definen al Imperio en estos años (el papel estratégico-defensivo que juega por entonces Iliria es fundamental). Aureliano es tal vez el más importante y representativo de los emperadores ilíricos, pues con él se logró al fin la ansiada reunificación del Estado romano. Sin embargo, no todo cuanto se le atribuye está suficientemente atestiguado. Muy en particular, tal es el caso de la supuesta provincialización de Italia bajo su rei-



Muro de Aureliano

nado, pues parece lo más probable que esta medida (que clausura el secular protagonismo Roma-Italia) no se tomara antes de Diocleciano, cuando termina el proceso histórico, tímidamente iniciado en el s.II y sobre todo por Caracalla, que desplazó el centro del Imperio hacia diversas provincias y capitales de Oriente y Occidente. A tenor de nuestra documentación, la política general de Aureliano se caracterizó precisamente por la centralización y reforzamiento del papel de Italia y en consecuencia no cabe pensar que adoptase una decisión tan claramente perjudicial para la vieja Península que, por el contrario, más bien parece gozar de una atención privilegiada por parte del emperador. Recordemos en este sentido su generosidad con la plebe de Roma, materializada en numerosas distribuciones gratuitas (o "a precio de Estado") de pan, aceite, carne de cerdo y vino, para lo cual se sirvió de las corporaciones (*collegia*) de transportistas, panaderos y carniceros, convertidas ya en auténticos "servicios públicos", de titularidad estatal, cuyos componentes estaban vinculados de por vida a su oficio. Algo similar acaecerá

con las corporaciones relacionadas con la construcción, a las que se les encomendará ahora las tareas de levantar y reforzar los recintos amurallados de las ciudades, Roma entre otras. Podemos, pues, concluir que los ideales unitarios son muy vigorosos bajo este emperador , tanto en la concepción "monárquica" de su poder como en su ideario religioso o en su cumplido deseo de reunificar el Imperio. Y es en esta perspectiva donde pueden precisarse históricamente todas las reformas de Aureliano, así como el "intervencionismo estatal" en sectores considerados vitales de la vida económica (el avituallamiento de Roma lo era) o su manifiesta política "democrática" en lo social (en favor de los *humiliores* y de la plebe romana) y en lo militar, según veremos seguidamente.

3.1. La política fiscal y los problemas monetarios

En el plano financiero Aureliano incrementó notablemente la presión fiscal sobre los ricos, mientras que, por el contrario, abolió las deudas de los pobres al Estado, haciendo quemar en el foro los registros del fisco. Todavía un siglo después Amiano Marcelino (XXV,6,7; XXX,8,8) lo recordará como el emperador que se abalanzó como un torrente sobre los poderosos de su tiempo. No obstante, la *HA*, crisol de las corrientes historiográficas tradicionalistas y filosenatoriales, idealiza la política de este ilírico preocupado por la salud financiera del Estado. La hostilidad que le profesaron los estamentos senatoriales era lógica y tuvo una primera manifestación ya en los

Aureliano

"Una vez Zenobia en poder de Aureliano, toda la muchedumbre de soldados pedía con grandes gritos que se le diese muerte. Pero, considerando Aureliano que sería indigno dar muerte a una mujer, condenó a pena capital a la mayor parte de los que habían provocado, comentado o dirigido esta guerra y a la reina la conservó con vida para llevarla en triunfo y para que sirviera así de espectáculo al pueblo romano. Es desagradable tener que contar entre los que fueron ejecutados en esta ocasión al filósofo Longino, según narra la tradición. Longino fue el que enseñó la lengua griega a Zenobia. Se dice que Aureliano lo mandó matar porque él fue quien dictó a Zenobia aquella carta tan soberbia por la que rechazaba la rendición. Sin embargo, no olvidemos que aquella carta había sido redactada en lengua siria.(...).

Una vez en territorio europeo, siguió infligiendo derrotas con su acostumbrado valor a todos los enemigos que encontraba a su paso. Pero mientras Aureliano llevaba a cabo estas grandes proezas en la Tracia y en toda Europa, surgió en Egipto un tal Firmo, pretendiendo apoderarse de aquel territorio como si no estuviese sometido al poder de Roma. Sin embargo, este Firmo no quiso recibir el título de emperador, sino sólo apoderarse de aquel país. Aureliano marchó en seguida contra él y tampoco en esta ocasión careció de su acostumbrada fortuna, recuperando Egipto en breve tiempo. Después, movido por la dureza que era propia de su naturaleza, se dirigió de nuevo hacia Occidente, lleno de ira, y haciendo planes contra Tétrico que aún era dueño de las Galias. Pero Tétrico, no pudiendo soportar por más tiempo la indisciplina de su propio ejército, lo puso en manos de Aureliano. De esta manera todas aquellas legiones pasaron a estar bajo su mando. Cuando Aureliano se vio dueño de todo el mundo, sabiendo además que el Oriente había quedado en paz, y que él mismo había triunfado tanto en la Galia como en todas las demás regiones, se dispuso a regresar a Roma. Su intención era conducir en triunfo ante los ojos de los romanos a Zenobia y a Tétrico. Tanto Zenobia como Tétrico representaban a los enemigos que había derrotado en Oriente y en Occidente. (...).

años 270-271, cuando estos elementos sociales, (tal vez para recuperar sus privilegios en la acuñación del cobre), en connivencia con los obreros de los talleres monetarios de Roma, propiciaron la emisión de piezas fraudulentas en las que se habían cizallado los bordes para apropiarse del metal. Aureliano respondió con suma energía, ejecutando a numerosos implicados en un ambiente de larvada guerra civil, que vino a cerrarse precisamente en el año 274. Fue entonces cuando se propuso sanear las monedas de bronce y de oro, emitiendo piezas más pesadas y de mayor valor nominal cuyos resultados fueron sin embargo muy limitados. Más importancia tuvo la aparición masiva de nuevos *antoniniani* con un valor probable de 5 denarios y que dieron cierta estabilidad monetaria al Imperio hasta las reformas de Diocleciano. Pues si bien estas medidas venían a ratificar oficialmente una inflación que, de momento, quedó así controlada por el Estado, la moneda divisionaria y de plata beneficiaba, como bien es sabido, a las capas sociales más emprendedoras (artesanos, comerciantes, medianos propietarios, etc.), que ni tenían ni se servían del oro, y cuyas actividades e intereses fomentaba y protegía.

3.2. El ideal religioso y la reunificación del Imperio.

Ya hemos aludido a la justificación religiosa que Aureliano pretendió dar a un poder cuyos orígenes militares no podían ser en modo alguno disimulados. Los aspectos teocráticos y mono-

Durante su reinado cada ciudadano recibió diariamente un pan y legó a sus descendientes la facultad de seguirlos recibiendo. También el mismo Aureliano mandó que se distribuyera carne de cerdo al pueblo, y esta costumbre ha quedado hasta nuestros días. Promulgó muchas y muy buenas leyes, y reorganizó la dignidad sacerdotal. Además, elevó un templo al Sol, aumentó los privilegios de sus pontífices e instituyó fondos para atender a las reparaciones y para pagar a sus ministros. (...).

Cuánta dificultad encierra dar un buen sucesor a un príncipe excelente, queda bien demostrado por la grave actitud de aquel venerable Senado y por la gran circunspección del ejército. Después de la muerte de aquel emperador tan amante de la severidad, y como el ejército no quería hacer dueño del poder a ninguno que hubiese intervenido en el asesinato de tan buen príncipe, confió al Senado la misión de encontrarle un sucesor. Pero el Senado remitió a su vez esta responsabilidad al ejército.

Los senadores sabían bien que el ejército no reconoce con gusto sino a aquellos emperadores que ellos mismos han elegido. Por tres veces llegaron a remitirse mutuamente el Senado y el ejército la responsabilidad de esta elección. El mundo romano, mientras tanto, permaneció durante seis meses sin emperador y continuaron en sus puestos todos los magistrados que Aureliano o el Senado habían elegido (...).

Hay en la parte de Etruria conocida con el nombre de Aurelia, y hasta en los Alpes Marítimos, grandes extensiones de terreno, fértiles y cubiertas de bosques. Aureliano proyectó comprar a sus dueños aquellos terrenos que no cultivaban y establecer en ellos familias de cautivos, plantar vides en los montes y, mediante esto, conceder al pueblo romano todo el vino recolectado sin que el fisco recibiese nada (...). Una prueba de que Aureliano pensó en serio este plan y de que trató de llevarlo a efecto, y en parte lo consiguió, es que el fisco llegó a distribuir vino en los pórticos del templo del Sol, aunque no gratis, sino por dinero".

Historia Augusta, *Vida de Aureliano*, XXX, XLVIII. (Traducción de Balbino García).

teistas (o sincretistas) que se esbozan ahora, adelantan la fórmula feliz con que Eusebio de Cesarea cobijaría la omnipotencia de Constantino: un solo dios para un solo emperador. Con estos objetivos organizó Aureliano el culto solar –*Sol invictus*– bajo cuya protección estará todo el Estado. Recordemos nuevamente que los adeptos de las concepciones religiosas solares eran ya por entonces muy numerosos en Oriente, en Panonia y en el ejército romano, y de ahí que el nuevo sincretismo solar tuviese una pronta y amplia aceptación en esos ámbitos. Aunque no fue así en Roma ni en Occidente, en todas partes se ofrecía como una atractiva base ideológica y religiosa común a todo el Imperio, cuyas tendencias monoteistas quedaban así reforzadas, máximo cuando filósofos neoplatónicos, gnósticos e incluso sectores del judaismo helenizante llegaron a considerar este *Sol invictus* como una representación visible del dios supremo invisible y protector de todos los pueblos. Amparado por esta divinidad, Aureliano se proclamó *dominus et deus*, fórmula contundente que tal vez no tuviese el contenido real que su literalidad pudiera hacernos pensar, pero que expresa inequívocamente los ideales unitarios y absolutistas de su concepción monárquica. Y a este propósito, ¿cuàl fue la actitud de los cristianos? ¿Por qué la literatura cristiana, Lactancio en particular, es tan implacable con Aureliano?. En principio, el hecho fundamental es que el cristianismo ha conocido una espectacular expansión entre los más diversos sectores sociales, incluyendo las tierras occidentales, de manera que ya es la fuerza espiritual más activa, más combativa y mejor organizada del Imperio. Como quería Tertuliano y ahora Comodiano, los cristianos son la *militia Christi*, y están en consecuencia dispuestos para la lucha. El propio pagano Porfirio, que gustaba subrayar las inadecuaciones entre el cristianismo y la monarquía romana, reconocía la pujanza de la nueva religión frente al desolador abandono de los templos paganos. Seguramente Aureliano ni siquiera pensó en la posibilidad de otra persecución, pero ni a él ni a nadie le pasaría ya inadvertida la imposibilidad de unificar espiritualmente el Imperio en contra o al margen de los seguidores de Jesús. Con todo, también en esto Aureliano es un "emperador del s.III", que ni pudo ni quiso pensar llegado el momento de la cristianización del Estado..

Pero si la unificación religiosa no llegó a verificarse plenamente, sí se alcanza ahora la plena reunificación político-militar del Imperio, con el sometimiento del *imperium Galliarum* y del Reino de Palmira: para un emperador tan sentidamente comprometido con los ideales unitarios y "monárquicos", ello suponía el mayor de sus éxitos personales y también el cumplimiento de uno de los más ineludibles compromisos de Estado contraidos por Roma a lo largo de su historia. La incorporación de la Galia apenas exigió esfuerzos por parte romana: desde el 270, tras el asesinato de Victorino, era gobernada por Tétrico, viejo senador que veía con preocupación la prepotencia político-militar del Norte y de la población menos romanizada sobre las regiones "civiles" del Sur. Y se decidió, ante la llegada de Aureliano, a rendirse al emperador legítimo, para restituir así la paz y la unidad de Occidente. En fechas cercanas se producía también la derrota de Palmira y la completa unificación del Imperio. Zenobia, con el título de regente, se había propuesto ante todo que Roma reconociese a su hijo Vabalato los mismos poderes de Odenato, y de facto así se entendió durante varios años. Pero a fines del 271 aquel se proclamó *Imperator Caesar Vhabalathus Augustus* (lo que obviamente suponía la independencia y la ruptura total con el Imperio), a la par que Zenobia invadía Egipto, donde contaba con aliados y simpatizantes antirromanos. En aque-

llos años debió parecer inevitable que el Reino independiente de Palmira se convirtiese en la gran potencia hegemónica de Oriente. Sin embargo, una decidida y enérgica reacción del emperador Aureliano conjuró estos peligros: al frente de su ejército y afrontando todo tipo de dificultades, tomó Antioquía y tras dura marcha a través del desierto, se apoderó también de Palmira. La ciudad y sus dirigentes fueron tratados con clemencia, seguramente porque Aureliano sabía la solidaridad que despertaban en aquellas regiones, su imbricación social y lo peligroso que sería en aquellos momentos una intervención persa en apoyo de los palmirenses. Pero si bien esto no se produjo, como estaba anunciado, tampoco la clemencia imperial fue suficiente, y apenas marchado el emperador, una nueva sublevación estalló en Palmira, Egipto y diversa ciudades sirias. En esta ocasión Aureliano fue despiadado en sus medidas represivas, permitiendo el saqueo por las tropas de las ciudades sublevadas e imponiendo pesados tributos a toda la zona. Como señala Petit, "la victoriosa expedición había suprimido todo peligro de separatismo y procuró al Estado un rico botín que facilitó la reforma de las finanzas", según vimos anteriormente, si bien la ruina de Palmira también supuso en contrapartida el languidecimiento de las relaciones comerciales con Oriente en las que aquella cumplía un activísimo papel como intermediaria.

Un factor de azar había facilitado la victoria de Aureliano: la muerte del gran rey Sapor, que seguramente impidió el apoyo persa a Palmira y que, en todo caso, suponía la desaparición de un peligrosísimo adversario del Imperio. La debilidad persa fue aprovechada por Roma para recuperar el terreno perdido en reinados anteriores y reactivar las rutas comerciales y su presencia en toda la zona. El asesinato de Aureliano frustró en gran medida estos planes, pues su sucesor, Probo, optó por mantener la paz con los herederos de Sapor. Los proyectos expansionistas serían retomados por el siguiente emperador, Caro, que obtuvo importantes éxitos militares frente a los persas, llegando incluso a ocupar Mesopotamia y la capital Seleucia, pero también él encontró entonces la muerte y los ejércitos fueron replegados de inmediato por el nuevo emperador, Numeriano. El conflicto lo heredó así Diocleciano y a él correspondería darle una solución más duradera.

4. Probo (276-282) . La utopía social y el problema bárbaro

Tras los breves reinados de Tácito, rico italiano elegido por el Senado (275-276) y de Floriano (verano del 276), ambos asesinados por los soldados, los jefes militares designaron emperador a Probo, cuya primera misión debía consistir en reafirmar la unidad tan prontamente amenazada desde el interior: valiéndose de un recurso teatral y simbólico, que se adelanta a muchas historias del Medievo, invitó a su mesa y luego mandó matar a los asesinos de Aureliano y de Tácito. Tuvo una especial preocupación por mejorar la economía y las condiciones de vida de su pueblo, que a pesar del saneamiento monetario y de las reformas anteriormente introducidas, se hallaba todavía en un lamentable estado de postración. En este sentido cabe recordar sus decretos fomentando la viticultura en las provincias (cultivo prohibido por Domiciano para beneficiar la agricultura italiana), lo que a su vez prueba la creciente importancia de las provincias y la irreversible decadencia económica y política de Italia. A ello se añade su pretensión de poner en cultivo nuevas tierras, obligando a trabajar en ellas a los soldados panonios y a los habitantes

de ciudades y aldeas. La obligatoriedad de estos trabajos agrarios (canalizaciones, drenajes, etc.) para toda la población se confirma en diversas referencias de papiros egipcios, y aunque pretendiesen mejorar los rendimientos de la *annona* militar, le costaría la vida al emperador, pues sus tropas no aceptaron estas imposiciones extramilitares y lo asesinaron, nombrando sucesor al prefecto del pretorio Caro.

En sus sueños patrióticos de ganar la paz y llevar el bienestar a los pueblos, retornando nuevamente a una "edad de oro" sin ejércitos y sin guerras, Probo prosigue con la política de asentamientos de contingentes bárbaros en tierras abandonadas con el fin de paliar la alarmante despoblación de algunas zonas del Imperio y atenuar la

Probo

"Probo, pacificadas las Galias, mandó al Senado la siguiente carta: "Doy gracias a los dioses inmortales, oh padres conscriptos, de que hayáis visto realizadas en mí vuestras esperanzas. Toda la gran extensión de tierra que forma el país germano ha quedado sometida, nueve reyes de las más diversas tribus han caído suplicantes a mis pies, o mejor dicho, a los vuestros. Todos estos bárbaros aran ya los campos para vosotros, siembran para vosotros y combaten contra los pueblos del interior. Decretad, pues, según vuestras costumbres, acciones de gracias. Hemos dado muerte a cuarenta mil enemigos. Dieciseis mil hombres armados se nos han entregado y se han rescatado del poder enemigo setenta ciudades de las más importantes. Finalmente, casi toda la Galia ha quedado libre. He entregado a vuestra clemencia las coronas de oro que todas las ciudades de la Galia me regalaron. Ofrecedlas con vuestras propias manos a Júpiter Optimo Máximo y a los demás dioses y diosas inmortales. Todo el botín ha sido rescatado y hasta nos hemos apoderado de mayor cantidad de la que antes nos habían quitado. Los campos de la Galia se aran con bueyes bárbaros y las yuntas de los germanos, ahora cautivos, someten sus cuellos a nuestros agricultores. Los rebaños de estos diversos pueblos pastan ahora para servir de alimento a nuestras tropas, sus manadas de caballos se fecundan ahora para nuestra caballería y nuestros hórreos están repletos de trigo de los bárbaros. Solamente les hemos dejado el suelo. (...)."

No ocurrió lo mismo con los gepedos, greothungos y vándalos, a quienes estableció de igual modo en territorio romano, pero que no conservaron su fidelidad durante mucho tiempo, sino que, mientras Probo hacía la guerra a los tiranos, hicieron mucho daño a la República e invadieron por mar y tierra casi todas las provincias del imperio. (...).

Probo, midiendo exactamente su propia potencia, no tuvo miedo ni a los bárbaros ni a los tiranos. ¿Qué felicidad no habría resplandecido para la nación si bajo aquel emperador no hubiese necesitado más de los ejércitos? Los habitantes de las provincias no se verían en adelante obligados al tributo para los aprovisionamientos militares. Tampoco sería necesario pagar a las tropas sacando este dinero de los donativos públicos, la nación romana poseería tesoros inagotables. Y el emperador se vería libre de todo gasto. Los propietarios estarían libres de impuestos. En realidad, Probo prometía la edad de oro. Ya no habría en adelante campamentos militares, no se oiría en ningún sitio la trompeta militar ni se volverían a fabricar armas. Esta muchedumbre de hombres de armas que ahora hacen sufrir a la nación con guerras intestinas, trabajaría los campos, se dedicaría al estudio, aprendería las artes, surcaría en paz los mares. Añade a estas ventajas que nadie moriría en los campos de batalla. ¡Dioses de bondad! ¿Tanto os hemos ofendido para que nos arrebatéis a tan gran emperador?".

Historia Augusta, *Vida de Probo*, XV-XXIII. (Traducción de Balbino García).

presión de las *gentes externae*, que en grandes oleadas llegaban al *limes*, y cuya pasividad ya no era posible, ni tampoco ética, comprar a precio de oro. También se optó, como era tradicional, por incorporarlos a los ejércitos encargados precisamente de la defensa de las fronteras, misión que por lo general cumplirían eficazmente. Aunque los panegiristas alaban los resultados de esta política, y en particular los asentamientos de bárbaros en tierras vírgenes o abandonadas, es dudoso que siempre fuese positiva, pues no podemos olvidar que se trata de pueblos seminómadas y alejados de las formas de vida romanas, y proclives a la solidaridad con sus congéneres que presionaban sobre el *limes* y asolaban las regiones fronterizas. Sin embargo, no parece desacertado valorar esta política de Probo, que tenía remotos antecedentes y tendrá dilatada continuación, como la mejor, si no la única posible. El Estado no tenía otro modo de afrontar problemas tan graves como la *penuria hominum*, el abandono de tierras, el deterioro de la economía monetaria en beneficio de la autarquía y de las prestaciones en especie (incluyendo la *annona*) y algo todavía más peligroso: la solidaridad creciente, en diversos puntos del Imperio, entre súbditos romanos e invasores bárbaros, en los que muchos de aquellos encontraron aliados naturales frente a la opresión fiscal y social del Estado o incluso sus liberadores políticos. El *Carmen apologeticum* de Comodiano, que ve en los godos el brazo redentor de Dios, y en el emperador (¿Valeriano?) el Anticristo, que desea sin velamientos la muerte del Imperio y el triunfo de sus enemigos, no era ciertamente fruto aislado de las elucubraciones de un fanático. Tenía, por el contrario, anchas zonas de inspiración social, en las que germinaban abierta y peligrosamente sentimientos de antirromanidad. Seguramente fue la conciencia de esta problemática lo que explique el silencio de la *HA* sobre algunos puntos negros de su reinado, y en particular el fracaso con los francos establecidos en el Ponto, que se rebelaron, asolaron el Norte de Africa, Asia Menor y Grecia, y finalmente impusieron su dominio pirático, efímero pero significativo, en todo el Mediterráneo, llegando incluso a apoderarse de Siracusa. Para algunos historiadores, se trata del acontecimiento más importante de la historia marítima del Principado y el preanuncio del crepúsculo del Imperio.

5. Los últimos emperadores ilíricos

Caro(282-283) ni siquiera se molestó en solicitar la protocolaria aprobación del Senado, lo cual, aun siendo la primera vez que ocurriese en la historia de Roma, simplemente ratificaba una vieja realidad. Nombró césares a sus hijos Carino y Numeriano, dejando al primero el mando de Occidente para marchar él a Oriente donde moriría, tal vez asesinado, al poco de iniciar la lucha contra los persas. Allí mismo le sucedió Numeriano (283-284), ahora con el título de Augusto, y lo propio acaecía con Carino (283-285) en Occidente. Precisamente a la muerte, también por asesinato, del enfermizo y débil Numeriano, sería aclamado emperador, el 20-XI-284, Diocleciano. Entretanto, Carino se consagra en Occidente a la represión de los movimientos bagáudicos y a ganarse el apoyo de la plebe romana. Al poco se produjo el enfrentamiento militar entre los dos emperadores, que se saldó con el triunfo de Carino, quien, sorprendentemente, fue de inmediato asesinado por sus propios soldados mientras que el derrotado Diocleciano era reconocido como único Augusto: una vez más en estos años convulsos, el destino de Roma parecía depender de los caprichos del azar. Y en esta ocasión sería ese azar quien llevaría al poder a uno de los emperadores más brillantes y decisivos de la historia de Roma.

V. Mentalidades y vida espiritual en una época de angustia

Los sentimientos espirituales y religiosos, los gustos estéticos y literarios, todo lo que podemos denominar genéricamente como "mentalidades", resultó profundamente afectado en estos años turbulentos. A pesar de que el atractivo de la cultura clásica no parece resentirse, se constata sin embargo un claro declive del espíritu racionalista y, sobre todo, lo que Mazzarino denominó "democratización de la cultura", esto es, una simplificación y difusión de conceptos e ideas mágico-religiosas accesibles a las masas, así como un renacimiento de expresiones culturales locales o regionales hasta ahora marginadas o sometidas. El triunfo del arte plebeyo-cristiano y el despertar de las lenguas vernáculas (frente al griego y latín de las élites tradicionales y de los vencedores) tal vez sean la mejor ilustración de este "movimiento descolonizador" ajeno a los ideales de la *paideia* clásica.

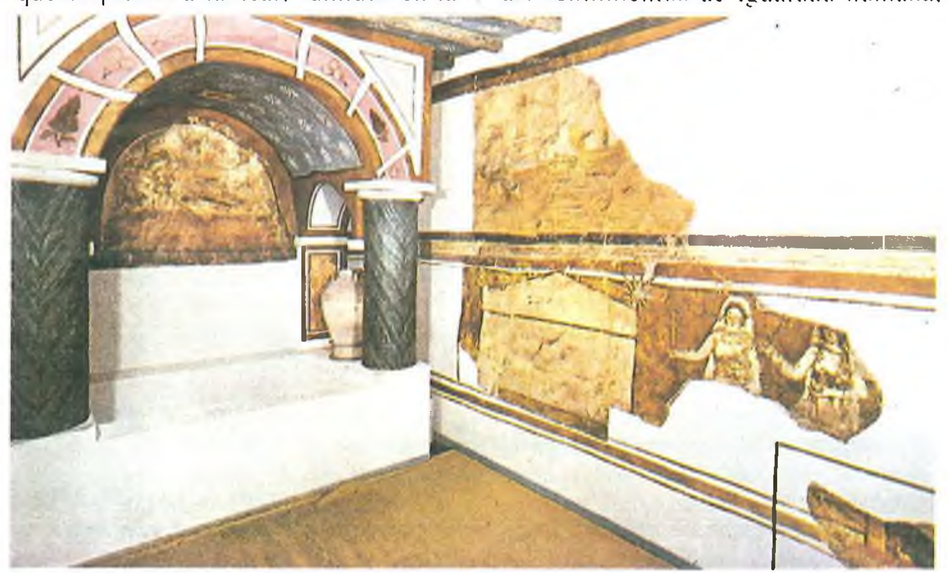
1. Irracionalidad y vida intelectual

Las grandes corrientes de la filosofía tradicional sufren un notorio retroceso en beneficio del escepticismo, del sincretismo y de un cierto patetismo moralizante. Tampoco la última de ellas, el neoplatonismo de Plotino (204-270), pudo sustraerse a las inquietudes y especulaciones de su época. Las *Enéadas* están empapadas de tendencias monoteistas, complejas gradaciones jerárquicas, coexistencia y hasta confusión de elementos intelectuales y místicos... lo que derivaría, con herederos inmediatos como Porfirio, en concepciones irracionales y teúrgicas, irreconciliablemente enfrentadas a las no menos irracionales que durante los siglos III y IV emanaban del cristianismo. No puede extrañar el florecimiento de "textos herméticos", como *La revelación de Hermes Trismegisto* (mezcla de astrología caldea, simbología antitética irania y concepciones neopitagóricas y platónicas), los *Oráculos Caldeos* o incluso la *Gnosis* cristiana o conocimiento místico y alegórico de todo lo existente, a partir de una oposición maniquea entre el mundo sensible (satánico) y el mundo divino con elementos judeo-apocalípticos y otros de origen oriental. Vida intelectual, pues, vivida intensamente y en los márgenes de lo racional, llena de ansiedad (Dodds) y con un marcado componente elitista, pues encuentra su mejor caldo de cultivo en los espíritus letrados y sofistas, en las ciudades y en la corte imperial. De ahí que junto a la pobreza literaria en sentido estricto, incapaz de satisfacer las nuevas exigencias y de tranquilizar las nuevas inquietudes, se constate una inusitada preocupación pedagógica que convierte ciertamente este tiempo en "el siglo de los profesores" (Petit). Preocupación educativa que afecta en

primer lugar a los propios emperadores (como antaño la tuvo M. Aurelio), quienes o bien se enorgullecen de su propio saber (Gordiano I, Balbino, Galieno, Tácito) o bien se desvelan por la instrucción de sus hijos, cual fue el caso de los poco refinados Maximino y Póstumo. Se explica así el renacer del mecenazgo imperial: Filipo con Plotino, Galieno y su esposa Salonina con Nicágoras, Zenobia con Longino o Calínico, y Caro con Nemesiano.

2. La crisis del paganismo

La religiosidad de signo pagano y cristiano, inextricablemente unidas y confundidas con toda clase de supersticiones y hechicerías, no es sólo uno de los aspectos más sentidamente vividos en el s.III, sino principalmente el factor de irracionalidad que impregna todas las manifestaciones de la vida social. Por eso es en la religión donde mejor se aprecian los sentimientos de inquietud de la época, las transformaciones, la crisis de valores y los nuevos caminos que empiezan a tantear, sumidos en la miseria o aupados en la cresta del poder, los más dispares sectores sociales. Las derrotas militares, las calamidades y el expolio de los santuarios hicieron perder la confianza en los dioses y en la piedad tradicional. La literatura pagana describe con preocupación la desolación y pobreza de los ceremoniales, el descreimiento y la soledad de los templos. El generalizado desapego de las prácticas religiosas oficiales (dioses capitolinos o culto imperial), convertidas ya en fríos rituales de corte casi político, llevó a las masas populares a buscar sus satisfacciones espirituales, tan urgentes en tiempos de miserias materiales, en las divinidades orientales y en prácticas mágicas que incitaban al misticismo y al éxtasis, en un contacto directo con el Dios salvador, con frecuencia muerto y resucitado, modelo a seguir por los fieles en la vida terrena efímera y dolorosa. Aquí se fragua una moralidad y unas reglas de comportamiento que privilegian la pobreza y el desprecio a las riquezas de este mundo, la fraternidad universal y la caridad, tan necesarias en estos años de dolor y miseria. Se expanden así sentimientos de igualdad humana,



Conjunto del Baptisterio, casa cristiana de Dura Europos (siglo III)

igualdad en la autodepreciación frente a una divinidad poderosa y omnipresente que tiende a convertirse, lógicamente, en el Dios único, muchas veces representado por el sol radiante. Entre estos dioses orientales cabe destacar a Mitra, que a pesar de sus orígenes persas encuentra amplísimo eco en los ejércitos romanos, la frigia Cibeles o la egipcia Isis; sin olvidar, naturalmente, la doctrina universalista que Mani (217-276) predicó en tiempos de Sapor, basada en la lucha del Bien contra el Mal, de la Luz contra las Tinieblas, y que se extendió tanto por Occidente (hasta Africa) como por Oriente (hasta China), siendo a la postre perseguida por sasánidas y romanos, lo que no impidió que todavía mostrase su vigencia en tiempos de Agustín y que Mani pasara a la posteridad como uno de los últimos grandes profetas, junto a Zoroastro, Jesús y Mahoma.

3. Las persecuciones del cristianismo y la organización eclesiástica

A lo largo del s.III el cristianismo deja de ser, sociológicamente hablando, una religión de pobres y marginados, para penetrar (sin abandonar estos sectores deprimidos) en los ámbitos

El sentimiento de desgracia y decadencia de los tiempos

"Cooperamos también en las cosas comunes nosotros que, a nuestras oraciones, hechas con justicia, añadimos ejercicios y meditaciones que nos enseñan a despreciar los placeres y no dejarnos arrastrar por ellos. Y hasta puede decirse que nosotros combatimos más que nadie por el emperador; porque, si no salimos con él a campaña, aun cuando se nos urja a ello, luchamos en favor suyo juntando nuestro propio ejército por medio de nuestras súplicas a Dios. (...). Por lo demás, si los cristianos rehusan los cargos públicos, no es porque traten de eludir los servicios generales que pide la vida, sino porque quieren guardarse a sí mismos, por la salud eterna de los hombres, para el servicio más divino y necesario de la Iglesia de Dios. Así piensan necesaria y justamente, y así se preocupan por todos: por los de dentro, para que cada día vivan más santamente; por los aparentemente de fuera, para que lleguen a las sagradas palabras y obras de nuestra religión."

Origenes, *Contra Celso*, VIII, 73-75. (Traducción de D. Ruiz Bueno).

"Principio del fin será la séptima persecución contra nosotros: he aquí que ya toca a la puerta y se ciñe la espada: (por castigo divino) ella hará pasar el río a los godos que irrumpen (en el Imperio). Con ellos estará el rey Apolión, de nombre terrible, el cual, en medio de las armas, acabará la persecución contra los cristianos. Se mueve hacia Roma con muchos millares de hombres y por decreto de Dios los subyuga y los hace prisioneros. Muchos de los senadores, prisioneros, llorarán entonces; blasfeman contra el Dios del cielo, vencidos por el bárbaro.

Sin embargo, estos paganos (godos) dan alimento a los cristianos, que ellos buscan alegremente como a hermanos, prefiriéndolos a los lujuriosos adoradores de ídolos falsos. Efectivamente, los godos persiguen a los paganos y ponen bajo el yugo al Senado. Estos males se abaten sobre aquellos que han perseguido a los cristianos; en el término de cinco meses, los perseguidores son muertos por el enemigo".

Comodiano, *Carmen apologeticum*. (Traducción de S. Mazzarino)

"Esto es lo que Dios celestial me incita a anunciar, mal de mi grado, a los reyes sobre su poder real. (...) Y el belicoso Ares la lanza; por él todos mueren, y el que ha nacido inocente da preceptos en las

superiores de la sociedad, en la corte imperial, en los *ordines* ecuestre y senatorial, en las curias municipales, entre los funcionarios y el ejército. En tan acelerada expansión, se produjeron claudicaciones acomodaticias al poder establecido, pero también violentas inadaptaciones que constituyen un capítulo importante de este proceso. La patrística y los cánones de los Concilios, como el celebrado en *Iliberris* a principios del s.IV, contienen múltiples indicaciones sobre las relaciones de los cristianos con los medios oficiales, con los judíos, con los poderosos, así como sobre la organización de los rituales eclesiásticos y litúrgicos, donde las consideraciones mágicas y supersticiosas ocupan un lugar muy importante. Pero previamente la expansión y fortaleza del cristianismo habían realzado sus diferencias con el paganismo y, sobre todo, con la organización político-religiosa del Imperio. La investigación moderna tiende, sin embargo, a considerar las persecuciones de Decio y Valeriano como breves episodios de hostilidad oficial que no deben ocultar la realidad de una tolerancia largamente practicada, y que, según hemos ya analizado, fueron también ellas expresión de la crisis de mediados de siglo. A este respecto debemos insistir en que no fueron pocos los cristianos que vieron en el edicto de Decio (ordenando sacrificar a los

asambleas; pues habrá muchas guerras, combates y matanzas, hambre, peste, seísmos y violentos rayos, muchas incursiones de los asirios por el mundo entero, expolio y profanación de templos. (...)

(...) Hombres, ¿por qué en vano, como si fuerais inmortales, a pesar de la brevedad de vuestro poderío, tenéis sentimientos en exceso altivos y todos queréis reinar sobre los mortales, sin comprender que Dios mismo aborrece el afán de dominio y sobre todo a los reyes insaciables, terribles, impíos, y levanta sobre ellos la oscuridad, porque en vez de las buenas obras y los justos pensamientos prefirieron todos los mantos de purpúreo tejido y no ansían más que guerras, lamentos y matanzas? Breve destino les dará Dios inmortal que en el éter habita: los aniquilará y en distintos lugares a cada uno matará."

Oráculos sibilinos, XIII-XIV. (Traducción de E. Suárez de la Torre).

"De repente, con el consentimiento de Dios, se sueltan por todas partes los pueblos que habían sido convenientemente colocados y puestos alrededor de las fronteras del Imperio y, rotos los frenos, se lanzan contra todos los territorios romanos. Los germanos, tras atravesar los Alpes, Retia y toda Italia, llegan hasta Rávena; los alamanos, en su expedición a las Galias, pasan también a Italia; Grecia, Macedonia, el Ponto y Asia son destruidas por una invasión de godos; y en lo que respecta a la Dacia de más allá del Danubio, se pierde para siempre; los cuados y sármatas asolan los territorios de Panonia; los germanos de los territorios más lejanos barren y se apoderan de Hispania; los partos toman Mesopotamia y arrasan Siria; quedan todavía por las distintas provincias, entre las ruinas de las grandes ciudades, pequeños y míseros lugares que conservan señales de sus desgracias y el recuerdo de su nombre; entre ellas, incluso en Hispania recuerdo yo ahora, para consuelo de mi reciente desgracia, a nuestra Tarragona.

Y para que no escapase de este despedazamiento ninguna parte del cuerpo romano, en el interior conspiran los usurpadores, resurgen las guerras civiles, se derrama por todas partes gran cantidad de sangre romana en la cruel lucha entre romanos y bárbaros; pero en seguida la ira de Dios se convierte en misericordia y en lo que se refiere a la venganza por él iniciada debe ser considerada total sólo en apariencia, no como auténtico castigo."

Orosio, *Historias,* VII, 22. (Traducción de E. Sánchez Salor)

dioses) un llamamiento a la unidad y al patriotismo ante la incontenible escalada de los peligros externos.... y sacrificaron y quemaron incienso en los altares paganos, convencidos de que tal actitud era obligada para todo buen ciudadano, y aunque heterodoxa para la nueva religión cristiana, manifiestamente fiel a la piedad secular de los antepasados. No deja de ser significativa la frecuencia de compromisos por una y otra parte: muchos *libelli* (certificados de haber sacrificado) se obtuvieron fraudulentamente por parte de los cristianos, a la par que las autoridades romanas no pocas veces se conforman con gestos simbólicos. Ello pone una importante dosis de humanidad y tolerancia social, que debemos subrayar en horas tan dramáticas y en una comunidad tan profundamente convulsionada. Aunque hubo numerosas víctimas, entre ellas las de muchos cristianos que se autodenunciaron, el problema que más preocuparía en los años siguientes sería el de la reintegración en la Iglesia de los *lapsi*, los que habían caído, entre los que se hicieron sutiles distinciones (los *sacrificati*, que habían sacrificado; los *thurificati*, que sólo habían quemado incienso; y los *libellatici*, que simplemente se las habían ingeniado para conseguir un certificado), que traducen las tendencias del cristianismo a introducir en su moralidad la compleja jerarquización de los valores socio-políticos de su tiempo. Sobre la persecución de Valeriano se debe recordar en particular su pretensión de sanear el tesoro público mediante la confiscación de las propiedades de los cristianos ricos. En efecto, a un primer edicto que prohibía el culto y las reuniones de cristianos e instaba al clero a sacrificar bajo pena de exilio, siguió otro en el 258 agravando los castigos y estipulando en concreto que los fieles de alto rango fuesen condenados a muerte, a la esclavitud o al exilio y, en todos los casos, sus bienes confiscados. En consecuencia, el cristianismo sufrió un duro golpe en sus élites dirigentes, en sus recursos y en su implantación sociopolítica: ahora las víctimas fueron más numerosas y de más relieve, contándose entre los mártires al papa Sixto II y a Cipriano de Cartago. Pero tras la captura de Valeriano por los persas, su hijo Galieno promulgó un edicto de tolerancia cuya generosidad abría un periodo nuevo en las relaciones Iglesia / Imperio y una paz religiosa que se mantendría cuarenta años. Este edicto no se limitaba a poner fin a la persecución, sino que por primera vez en la Historia autorizaba oficialmente el culto cristiano y estipulaba la restitución a sus comunidades de los bienes confiscados, en particular de los cementerios. Aunque se discute si el reconocimiento fue de hecho o de derecho, es probable que Galieno dirigiese su edicto directamente a los obispos, lo que probaría que reconocía su autoridad en todos los aspectos.

A partir de ahora, la Iglesia consagrará todos sus esfuerzos a tareas organizativas y de disciplina interna, pues se trataba no sólo de encauzar la actividad de las masas cristianizadas, sino también –y quizás era lo más difícil– de institucionalizar la moral y las prácticas religiosas. A estas alturas no cabía esperar un fin inminente de los tiempos y en consecuencia no era tan vital permanecer alerta. Por el contrario, había que ritualizar las creencias y hacerlas asequibles al pueblo, de modo que las vivencias religiosas y las promesas de salvación fueran poco a poco transformadas en rituales minuciosamente organizados, cuyo cumplimiento más o menos protocolario era impuesto a todos los fieles. La ferviente espera de la Parusía quedó así reducida a unas ceremonias litúrgicas uniformadas que no solamente constituyen el más grandioso fraude del mensaje originario de Jesús, sino que históricamente consagraban el nacimiento de un nuevo cristianismo, éticamente formalizado y socialmente jerarquizado, llamado a convertirse en el pilar fundamental de las estructuras políticas bajoimperiales. Con ello se larva

también el conflicto entre la "verdadera" vida cristiana y el "siglo", entre los que esperaban alerta y apasionadamente el Reino de Dios y los que, más realistas, organizan a las masas y administran sus bienes. El conflicto lleva al monaquismo e incluso a las herejías y a los problemas doctrinales y, lógicamente, al nacimiento de la teología. Son indicios que parecen revelar una ruptura temprana de la solidaridad comunitaria y el esbozo de la secular connivencia histórica entre las jerarquías eclesiásticas y los poderes públicos en vías de cristianización.



Retrato de Zoroastro (?),
Mitraeum de Dura Europos (sigloII)

4. Escatología religiosa y utopía política para una época de angustia

En su tratado *Ad Demetrianum*, escrito sobre el 252, Cipriano de Cartago diagnostica con asombroso rigor las causas de tantos males como aquejaban a su tiempo: "te quejas como si, aun contenida la amenaza externa de los ejércitos bárbaros, no fuese más feroz y dura la guerra doméstica por las calumnias e injusticias de los ciudadanos poderosos; te quejas de la estirilidad y hambre, como si la sequía causara más hambres que las rapiñas, el saqueo de las importaciones de víveres y el alza de precios....Te quejas de que hay poca producción de frutos, cuando los que se producen no se reparten entre los menesterosos; te irritas por la peste, cuando..... ni a los enfermos se les presta socorro, y la rapiña y la avaricia se ejerce sobre los muertos" (10). Pero él no propone soluciones. No cree que las haya. Por el contrario, está convencido de que todas las calamidades anuncian la decrepitud, el fin de los tiempos y el castigo divino por la impiedad pagana, y por tanto la Parusía o segunda venida triunfal de Jesús: "debes saber que el mundo ha entrado ya en su senectud....no dan tanta plata y oro las minas exhaustas.....En los campos disminuyen los labradores, en los mares los marinos, en los campamentos los soldados; no hay inocentes en los tribunales ni justicia en las causas, ni unión entre los amigos, ni habilidad en las artes, ni orden en las costumbres....En cuanto al hecho de que hay continuas guerras, que aumentan la angustia, la escasez y el hambre; que la salud se quebranta al arreciar las enfermedades, que la peste causa estragos en la humanidad, sábete que está vaticinado que aumentarán estos males en los últimos tiempos, que se multiplicarán las adversidades y, al acercarse el Día del Juicio, se encenderá más y más la ira de Dios enojado para enviar castigos al género humano" (3-5). Si resulta sorprendente que el diagnóstico histórico, racional y acertado, sólo sirva a Cipriano para dar validez a su visión escatológica, no es menos paradójico el contrapunto que ofrece la pagana *Historia Augusta* cuando analiza los ideales políticos del emperador Probo: "acostumbraba decir que el soldado no debe comer gratis su pan. A esto añadió otra observación, perjudicial para ellos si llegaba a realizarse, pero beneficiosa para la nación, a saber, que pronto no serían ya necesarios los soldados....La nación romana, plena de seguridad, reinará en todos lados y todo lo poseerá. Ya no se fabricarán armas en ninguna parte del mundo. No serán necesarios los aprovisionamientos militares; los bueyes arrastrarán el arado y los caballos vivirán únicamente para labores pacíficas. No habrá guerras ni existirán cautivos. En todos los lugares reinará la paz, los jueces y las leyes de Roma" (XX). La enfermedad también ha sido aquí fríamente diagnosticada: el ejército es la sanguijuela del Imperio. Pero a falta de fe en una interpretación escatológica pagana, el cronista debe recurrir a la escatología política que entiende el proceso histórico según una jerarquía de metales: los tiempos actuales de hierro darán pronto paso a la edad de oro, pacífica y feliz, a la que aspiran todos los pueblos; y Roma, por supuesto, a la cabeza. Al historiador y al hombre de hoy quizás puedan bastar estos dos testimonios para presentir sin fantasía las duras condiciones de vida en que se debió debatir una sociedad a la que, desesperanzada y exangüe, ya sólo se le podía ofrecer la venganza divina y el Reino de los Cielos o la vieja utopía política del eternamente próximo *aurum seculum*.

Cronología

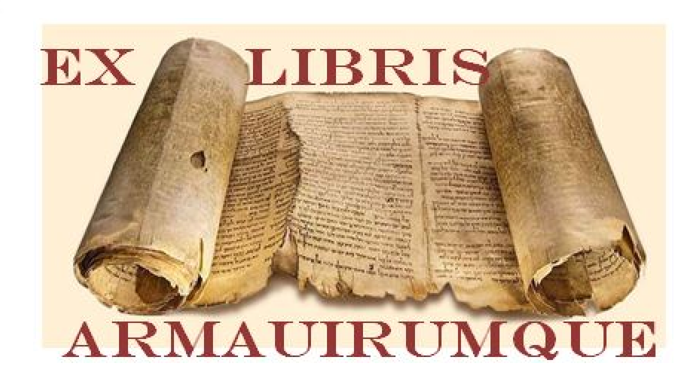
235-284	Periodo de Anarquía Militar. Innumerables usurpaciones, destituciones y sublevaciones. Consolidación del poder sasánida. Agitaciones de los bárbaros en las fronteras. Crisis del Estado y de sus fundamentos socioeconómicos. Ruptura de la unidad Imperial y restauración autoritaria por los emperadores ilíricos.
235	Asesinato de Severo Alejandro y Julia Mamea por el ejército, que proclama a su vez al campesino tracio y oficial Maximino: primer emperador-soldado. Lucha contra alamanes, sármatas y dacios.
238	Año crucial de la crisis del siglo III en el que reinaron hasta cinco emperadores. Asesinato de Maximino y de los emperadores senatoriales Gordiano I y II, Pupieno y Balbino. Proclamación del joven Gordiano III. Invasiones de carpos y godos.
241-3	Los persas sasánidas invaden Mesopotamia, mientras Roma debe hacer frente, además, a carpos, godos y sármatas. El Imperio es regido de hecho por el suegro de Gordiano y prefecto del pretorio, Timesiteo.
243	Muerte de Timesiteo. Filipo, de origen árabe, le sustituye como prefecto del pretorio.
244	Asesinato de Gordiano y proclamación de Filipo. Paz con los persas.

247 (21 de Abril)	Se inician las fiestas del milenario de Roma.
249	Guerra civil. Asesinato de Filipo. El ejército proclama a Decio.
250	Epidemia de peste. Persecuciónde cristianos. Ataques de los godos.
251	Muerte de Decio y de Orígenes. Divisiones en la Iglesia sobre la actitud a seguir con los cristianos que desfallecieron ante la persecución (*lapsi*). Novaciano propugna la condena, Cipriano el perdón.
252-3	Guerras civiles y recrudecimiento de los ataques bárbaros. Proclamación de Valeriano, que asocia a su hijo Galieno como Augusto.
254-8	Persecuciones anticristianas: martirio de Cipriano (258). Derrotas frente a godos y persas con importantes pérdidas territoriales. Ruptura de la unidad: Imperio Galo de Póstumo en Occidente y Reino de Palmira en Oriente.
260	Valeriano es capturado por los persas. Invasiones de francos y alamanes. Galieno revoca los edictos de persecución e inicia una serie de reformas profundas de carácter militar, político y económico.
262-68	Consolidación del poder y autonomía del Imperio Galo y del Reino de Palmira. Tras el asesinato de Galieno (268), la lucha por el poder concluye con la entronización de Claudio, que morirá de la peste dos años después.
270-75	Bajo el reinado de Aureliano se restablece la unidad imperial.
275-85	Ultimos emperadores ilíricos, entre los que sobresale Probo. Victorias sobre los bárbaros y paz con los persas. Movimientos bagáudicos en Galia. El 20-XI-284 es proclamado emperador Diocleciano, cuyo reinado marca el fin del Principado.

Emperadores y Papas

Maximino, 235-38	S. Antero, 235-236
Gordiano I y II, 238	S. Fabián, 236-250
Pupieno y Balbino, 238	
Gordiano III, 238-244	
Filipo el Arabe, 244-249	
Decio, 249-251	S. Cornelio, 250-253
Treboniano Galo, 251-253	S. Lucio, 253-254
Volusiano, 251-253	
Emiliano, 253	
Valeriano, 253-260	S. Esteban, 254-257
Galieno, 253-268	S. Sixto II, 257-258
Claudio II, 268-270	S. Dionisio, 259-268
Quintilo, 270	S. Félix, 269-274
Aureliano, 270-275	S. Eutiquiano, 275-283
Tácito, 275-276	
Floriano, 276	
Probo, 276-282	
Caro, 282-283	
Carino, 283-285	
Numeriano, 283-284	
Diocleciano, 284-305	S. Cayo, 283-296

Bibliografía



1. Obras de carácter general

Homo, L: *El Imperio Romano.* Madrid, 1961
Mazzarino, S.: *L'Impero Romano.* RomaBari, 1980.
Milliar, F: *El Imperio Romano y sus pueblos limítrofes.* Madrid, 1970.
Petit, P: *Histoire générale de l'Empire Romain.* París, 1974.
Remondon, R: *La crisis del Imperio Romano de M. Aurelio a Anastasio.* Barcelona, 1967
Staerman, E.: *Die Krise der Sklavenhalterordnung im Westen des römischen Reiches.* Berlín, 1964
The Cambridge Ancient History, vol. XII. *The Imperial Crisis and Recovery.* 1961 (3ª edición)
Walbank, F.W.: *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente.* Madrid, 1978.

2. Documentación y análisis historiográficos

Alföldi, A.: *Studien zur Geschichte der Weltkrise des 3 Jahrhunderts n.C.* Darmstadt, 1967
Alföldi, G.: The Crisis of the Third Century as Seen by Contemporaries, *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 15, 1, 1974, 89 ss.
Mazzarino, S: *El fin del mundo antiguo.* México, 1961;
Il pensiero storico classico. Bari, 1968
Passeriní, A.: L'Impero e la crisi del terzo secolo, en *Nuove questioni di storia antica.* Milán, 1969, 501 ss.
Aufstieg und Niedergang der römischen Welt, II, 2, Berlín, 1975
Ubiña, J.F.: *La crisis del s. III y el fin del mundo antiguo.* Madrid, 1982.
Walser, G. y Pekary, T.: *Die Krise des römische Reiches.* Berlín, 1962.

3. Interpretaciones y estudios sobre el siglo III

Alföldi, A.: La grande crise du monde romain au IIIème siècle. *L'Antiquité Classique*, 7, 1938, 5 ss.
Calderini, A.: *I Severi. La crisi dell' Impero nel Terzo Secolo.* Bolonia, 1949.
Chastagnol, A.: *L'évolution politique, sociale et économique du monde romain de Diocletien à Julien.* París, 1982, Cap. I y II.

Demougeot, E: *La formation de l'Europe et les invasions barbares*, I. París, 1969
Mac Mullen, R.: *Roman Government's Response to Crisis A.D. 235-337*. New Haven, 1976.
Mazza, M: *Lotte sociali e restaurazione autoritaria nel III secolo d.C.* Roma-Bari, 1973
Staerman, E.: «Programmes politiques à l'époque de la crise du III ème siècle.» *Cahiers d'Histoire Mondiale*, 4, 1958, 310 ss.

4. Aspectos socioeconómicos

AA.VV.: *El modo de producción esclavista*. Madrid, 1978.
Bernardi, A.: «Los problemas económicos del Imperio Romano en la época de su decadencia», en *La decadencia económica de los Imperios*. Madrid, 1973, 27 ss.
Callu, J.-P.: *La politique monétaire des empereurs romains de 238 à 311*. París, 1969.
De Martino, F.: *Historia económica de la Roma antigua*. Madrid, 1985.
Rostovtzeff, M.: *Historia social y económica del Imperio Romano*. Madrid, 1962
Weber, M: *Historia agraria románica*. Madrid, 1982

5. Mentalidades y vida espiritual

Bianchi Bandinelli, R.: *Roma, el fin del arte antiguo*. Madrid, 1971;
Del helenismo a la Edad Media. Madrid, 1981.
Brown, P.: *Genèse de l'Antiquitè tardive*. París, 1984.
Dodds, E.R.: *Paganos y cristianos en una época de angustia*. Madrid, 1975
Gage, J.: *Le paganisme imperial à la recherche d'une théologie vers le milieu du III siècle*. Mainz, 1972
Guignebert, Ch: *El cristianismo antiguo*. México, 1956.
Puech, H.-Ch.: *En torno a la Gnosis*, I. Madrid, 1982
Quasten, J.: *Patrología*. Madrid, 1968 (3 vols)
Sordi, M.: *Il cristianesimo e Roma*. Bolonia, 1965;
I Cristiani e l'Impero Romano. Milán, 1984

6. Hispania durante el siglo III

Balil, A.: «De M. Aurelio a Constantino. Una introducción a la España del Bajo Imperio». *Hispania*, 27, 1967, 245 ss.
Blázquez, J.M.: *Estructura económica y social de Hispania durante la Anarquía Militar y el Bajo Imperio*. Madrid, 1964.
Mangas, J.:«Hispania Romana», en *Historia de España* dirigida por M. Tuñón de Lara I. Barcelona, 1980.
Sotomayor, M.: *Historia de la Iglesia en España*. Madrid, 1979.
Tarradell, M.: «La crisis del s. III d.C. en Hispania: algunos aspectos fundamentales, I» *CEEC*, 1956 (1958), 262 ss.
Ubiña, J.F.: *La crisis del s.III en la Bética*. Granada, 1981.
Vigil, M.: *Edad Antigua*. Madrid, 1973.